

ANÁLISIS

REVISTA DE PSICOANÁLISIS Y CULTURA
DE CASTILLA Y LEÓN



PRIMERA SESIÓN



NÚMERO 38 | 2024

Análisis

ANÁLISIS

Revista de Psicoanálisis y
Cultura de Castilla y León

Número 38

Análisis, Revista de Psicoanálisis y Cultura de Castilla y León, es una publicación de la Comunidad de la ELP de Castilla y León, abierta a la cultura y al entronque con la aportación del psicoanálisis de orientación lacaniana y su desarrollo en la Comunidad Autónoma.

EDITA

ELP – Comunidad de Castilla y León (CIF.: G- 59500140).

Redacción: Doña Urraca, 1-2ºB. 34001-PALENCIA

Dirección electrónica: adurizconsulta@gmail.com

Web: <https:// analisisrevista.es>

DIRECTOR

Fernando Martín Aduriz

DISEÑO

Diego Martín

Equipo de edición y redacción

Diego Martín (responsable)

Marcos Román

Enrique Gómez

Andrea Torres

Suso Pol

Ángela Argüeso

NORMAS DE PRESENTACIÓN DE TEXTOS

Los trabajos serán enviados por correo electrónico al equipo de redacción de la revista: adurizdiego@gmail.com

Depósito Legal: P-116-2000 ISSN: 1885-2998

SUMARIO

Editorial

La entrada por los detalles
Omaïra Meseguer

Reflexiones desafinadas
Suso Pol

Algoritmos al diván
Marcos Román

La regla del 6. Clase 2ª
José María Álvarez

Construcciones lacanianas
Juan Conde

El encuentro con la página en blanco
Andrea Torres

¿La elección del momento como manifestación del goce?
Ana Victoria Llamas

Angustia y fobia
Mercedes de Francisco

Letras

A los diecisiete años

Ángela González

EL ALUCINADO

MUSEO

HOTEL

EL INQUILINO

Sergio García Zamora

De las primeras sesiones

Fernando Martín Aduriz

Ese secretísimo silencio

Enrique Gómez Crespo

Mi primera no sesión

Santiago Fernández Martínez

Anorexia Mental

Juan Conde

Editorial

Estamos muy orgullosos, un año más, de sacar adelante esta revista de psicoanálisis y cultura de Castilla y León llamada Análisis.

Es la única revista sacada adelante por los socios y miembros de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (ELP) en toda España que no sale desde Madrid o Barcelona.

Sale desde la humilde Palencia, vega y valle, Castilla y León

Pero no es la primera, es la trigésimo octava.

Todo el mundo tiene una primera vez para todo, algunos no se dan cuenta en el momento, otros no son capaces de recordar ciertas cosas, omitiendo(se) cosas a propósito de su primera sesión.

También existe el debate de si la primera sesión es cuando dejas atrás la evaluación de las entrevistas preliminares y entras al análisis propiamente dicho.

Para algunos es tumbarse en el diván, para otros empieza en el diván del edificio, para todos es especial.

Queda reflejado en el surtido de artículos que van a leer a continuación, algunos son muy técnicos, otros son impresiones personales de psicoanalistas, otros son opiniones de analizantes, hay poemas, reflexiones y una dosis de psicoanálisis que datan la viveza de esta comunidad.

Disfruten.
Palencia
Diciembre 2024

La entrada por los detalles

Omaira Meseguer

En su curso "Los divinos detalles", J-A Miller precisa: "Cuando alguien le dice: es un detalle, o hay un pequeño detalle, usted escucha con más atención¹". Es una frase muy simple a la que quiero darle un valor de orientación: los detalles en la clínica son para escucharlos y no para comprenderlos. En el psicoanálisis se trata de *escucha* y no de *comprensión*.

Es con esta frase, tan simple en apariencia, con la que he avanzado hace algún tiempo, porque me llamó la atención esa *forma de decir* de J-A Miller. La expresión "pequeño detalle" me gustó. Sin duda, que sea un pleonasma tiene algo que ver con mi interés por ella. J-A Miller señala que "el detalle es pequeño" (*le détail est petit*). También me gusta cómo suena esta frase. Cuando leemos un texto, siempre hay frases que destacan, frases que llaman la atención porque esconden una forma singular de decir y también sin duda, una sonoridad.

En lo que me concierne, una vez que detecto una frase así, una frase cuya sonoridad me atrae, la tuerzo, la recorto, la manipulo y la utilizo como herramienta. La expresión "es detalle, es pequeño" me pareció una buena manera de decir con la que se puede maniobrar, una frase útil y, sobre todo, una frase no sacralizada, es una frase banal con la que se pueden abrir brechas.

¿Cómo voy a utilizar hoy con ustedes "el detalle es pequeño"? Voy a proponer una afirmación muy simple: la orientación a través del pequeño detalle es un antídoto poderoso contra la comprensión.

Lacan señala en el capítulo dos del seminario sobre *Las psicosis*, página 36, que: "lo comprensible es un término fugitivo, inasible, es sorprendente que nunca sea calibrado como una lección primordial, una formulación obligada a la entrada a la clínica²".

Subrayo dos puntos:

El primero: La comprensión es la búsqueda del sentido. Lo que Lacan llama "fugitivo" es un adjetivo que podemos utilizar para hablar del sentido. El sentido es siempre inasible por definición, es fugitivo. En su curso "La fuga del sentido", J-A Miller señala que el sentido y la fuga son la misma cosa. "Si no huye, no es sentido³" anota. El sentido fuga y la comprensión corre detrás queriendo atraparlo y cuanto más él se fuga más se produce comprensión.

El segundo: Subrayo que Lacan utiliza la expresión la "entrada a la clínica", expresión

¹Miller, J.-A. (2007). Los divinos detalles. Paidós..

²Lacan, J. (1998). Seminario III: Las psicosis (J.-A. Miller, Ed.). Siglo XXI

³Lacan, J. (2005). Seminario III: Las psicosis (J.-A. Miller, Ed.). Siglo XXI

que resuena con la "entrada en análisis". Entrar en análisis implica atravesar, cruzar el umbral de una puerta para acceder a un lugar. En una de sus conferencias en universidades americanas, Lacan señala que "se trata de hacer entrar [al futuro analizante] por la puerta", "atravesar un umbral" y liberar así "una demanda real". Lacan precisa que esta entrada implica "un esfuerzo"; es necesario, como él dice, "sentirse empujado por algo"⁴. Sentirse empujado por algo, yo diría es sentirse empujado por un síntoma, por algo que se pone en la mitad del camino y no permite avanzar. Es necesario que el que ocupa el lugar de analista escuche muy precisamente cual es el malestar que lleva a consultar, cual es el síntoma (si hay uno) que produce el pedido, como el sujeto lo fórmula, que hace que él se decidió a llamar en ese momento. Para esto es necesario que el analista haya "entrado en la clínica".

¿Podemos decir que un analista "entra en la clínica" una vez que ha experimentado la enorme dificultad de no comprender, de abstenerse de comprender para así escuchar el pequeño detalle? El arte y la manera de abstenerse de comprender es lo que marca la entrada a la clínica psicoanalítica. ¿Podemos decir que cuando el que pretende ocupar el lugar de analista ha traspasado el umbral de lo terapéutico, cuando se ve empujado por la experiencia de su propio análisis y por el control de su práctica, entra en la clínica psicoanalítica? Sí y no.

Cada caso, unos más que otros, nos lleva a atravesar umbrales y a toparnos con la dificultad de no comprender. ¡No es una vez por todas! La práctica del control nos permite no convencernos de que hemos entrado en la clínica para siempre y que no hay una garantía.

La clínica psicoanalítica no consiste en escuchar a un paciente, dejarle hablar y luego, de vez en cuando, lanzar una interpretación o un comentario para que la madeja del sentido continúe desenrollándose. Un analista "entra en la clínica" cuando puede simplemente "prestar oído" al detalle, que siempre es un pequeño detalle. Es decir, quitar la autopista de la palabra para pasar por los pequeños caminos del pequeño detalle.

Vuelvo a la página 35 del seminario sobre las psicosis: "Comiencen por creer que no comprenden. Partan de la idea del malentendido fundamental. Esta es una disposición primera, sin la cual no existe verdaderamente una razón para que no comprendan todo y cualquier cosa"⁵

Parto de la idea que el *pequeño detalle* protege al analista de la creencia de que ha comprendido. Cuando digo creencia digo delirio, así que digamos que la orientación por el *pequeño detalle* nos impide delirar a partir de lo que nos dice un sujeto.

Quisiera subrayar lo que Lacan evoca en la misma página del Seminario III, él

⁴ Miller, J.-A. (2008). La cuestión preliminar a todo tratamiento de la psicosis.

⁵ Lacan, J. (1998). Seminario III: Las psicosis (J.-A. Miller, Ed.). Siglo XXI.

menciona la "obnubilación del sentido crítico" que puede apoderarse de los lectores cuando "se trata de nuestra experiencia y de nuestra profesión". Subrayemos que en el mismo seminario, en la página 297, Lacan nos recuerda que sólo leemos lo que ya nos sabemos de memoria, lo que nos sabemos de memoria. "Esto permite relativizar de modo singular lo que hace el fondo de la literatura llamada científica, al menos en nuestro ámbito⁶". Lacan utiliza la ironía y no complace a sus alumnos que escuchan el seminario.

¿Cómo evitar obsesionarse y conservar la novedad de la lectura, única manera de hacer avanzar el psicoanálisis? El antídoto se encuentra en el detalle.

Las frases de Lacan

Hay frases de Lacan que son hitos en su enseñanza, formulaciones que impactan porque introducen un avance, producen una conmoción o proponen una manera de decir que nos atrapa y que son un poco enigmáticas y entonces tenemos el deseo irresistible de repetir las. Las repetimos porque tenemos la idea de que las hemos comprendido, mientras que el esfuerzo de Lacan señala J-A Miller en su curso *La fuga de sentido*, es más bien hacerlas enigmáticas para que, justamente, no se pierdan en el flujo de la comprensión.

Cada vez, el esfuerzo consiste en intentar ser más precisos, a partir de los pequeños detalles, para así orientarnos de lo que Lacan nos enseña.

Un desorden ...

¿Cuál era el pequeño detalle más difícil de detectar en la clínica psicoanalítica, los fenómenos elementales? ¿Un delirio discreto? ¿La despersonalización? ¿Un afecto melancólico? Hay una frase de Lacan en "La cuestión preliminar a todo tratamiento de la psicosis" de la que extraeré un detalle: "un desorden (...) en la juntura más íntima del sentimiento de la vida en el sujeto"⁷.

Nada más difícil que precisar clínicamente exactamente este detalle a veces expresado de una manera mínima, que es el trastorno en la juntura más íntima del sentimiento de la vida. Les propongo pensar que la única manera de precisar clínicamente que es un trastorno del sentimiento de la vida es a través del pequeño detalle.

En su texto *Efecto de retorno a la psicosis ordinaria*, J-A Miller señala: "No es pues seguro que la psicosis ordinaria sea una categoría objetiva. ¿Pueden decir que la psicosis ordinaria existe objetivamente en la clínica? No es seguro (...) Ustedes dicen cuando no reconocen signos evidentes de neurosis y así son conducidos a decir que es una psicosis disimulada, una psicosis velada. Una psicosis difícil de reconocer

⁶ Miller, J.-A. (2010). Efecto de retorno a la psicosis ordinaria.

⁷ Miller, J.-A. (2007). La fuga del sentido.

como tal, pero que deduzco de pequeños índices variados. Se trata más de una categoría epistémica que objetiva"⁸.

"Pequeños índices variados" dice Miller, en otras palabras, la psicosis puede reconocerse por deducción a partir de pequeños detalles.

La clínica de los pequeños indicios es "muy delicada"⁹, "muy a menudo es una cuestión de intensidad"¹⁰. J-A Miller señala que la intensidad, el "más o menos", apunta hacia lo que Lacan llama un desorden (...) en la juntura más íntima del sentimiento de la vida en el sujeto".

Intensidad implica graduación, la fuerza, la potencia, y más o menos, los matices. No es tan simple como "hay o no hay". Lacan no dice que no haya una juntura al sentimiento de la vida, sino un desorden en la juntura. Es una frase compleja porque implica precisión.

J-A Miller, refiriéndose a la traducción inglesa de *La cuestión preliminar*, subraya la buena idea que tuvo el traductor al utilizar el término "disturbance" y no "trastorno". Desorden no es un término patológico como *trastorno*. El diccionario es generoso cuando se trata de la palabra desorden: el significado de esta palabra va desde desbarajuste, caos, desconcierto, desorganización, anarquía, perturbación hasta barullo. Como ven mil detalles se esconden en todos esos términos. No es lo mismo decir que hay un desbarajuste del sujeto en lo que tiene que ver con el sentimiento de la vida, que decir que hay una desorganización o un desconcierto. Como ven el diccionario nos da más matices que el DSM V.

Podemos decir que la cuestión de la intensidad y del "más o menos" están presentes en esta lista no exhaustiva. Me parece que guiarnos por el pequeño detalle de la *intensidad* evita psicologizar lo que significa clínicamente un desorden (...) en la juntura más íntima del sentimiento de la vida" Psicologizar es comprender.

Sentir

J-A Miller señala: "el desorden reside en la forma en que siente el mundo que lo rodea, en la forma en que siente su cuerpo y en la forma en que se relaciona con sus propias ideas"¹¹. La forma en que sientes, más simple imposible. El uso del verbo "sentir" nos lleva a la cuestión de lo que el sujeto ha "experimentado" (*éprouvé* en francés). El diccionario lo define como "notar, echar de ver en uno mismo una cosa, una impresión, un sentimiento etc." Una impresión sensible.

⁸ Miller, J.-A. (2012). Clínica irónica.

⁹ Lacan, J. (2006). La entrada en análisis.

¹⁰ Lacan, J. (1998). Seminario III: Las psicosis (J.-A. Miller, Ed., p. 35).

¹¹ Lacan, J. (2009). La importancia del detalle en la clínica psicoanalítica.

Ven entonces lo difícil que es permitir que alguien dé testimonio de lo que ha experimentado. Hay un pequeño detalle que me gustaría dejar claro: *experimentar* algo no es *pensar* algo. J-A Miller no dice: ¡cómo usted piensa el mundo que te rodea, ¡cómo piensa su cuerpo o cómo piensa sus ideas! ¿Como las siente?

Se trata de aproximar *cómo* el sujeto experimentó, sintió un evento lo cual no tiene nada que ver con los sentimientos. No hay nada más engañoso que los sentimientos. Los senti-mienten. Al tratar de aclarar esta cuestión de los sentimientos, me ha venido una distinción que venimos oyendo desde hace algún tiempo cuando hablamos del tiempo. Los partes meteorológicos se refieren a la *temperatura real* y a la *temperatura sentida*. Alguien propuso una palabra mejor, no recuerdo el término. La temperatura sentida se refiere a la humedad del aire en relación con el cuerpo humano, la temperatura del cuerpo y la del viento, lo que cada persona siente en su cuerpo como temperatura, se refiere a la sensación y por eso hablamos de la temperatura experimentada.

Desorden

Hay que subrayar que los neuróticos también sienten un desorden. El desorden no es un disfuncionamiento específico de la psicosis. J-A Miller señala que, en el caso de la histeria, el desorden se siente en la relación con el cuerpo, y en el caso del neurótico obsesivo, en relación con sus ideas. El pequeño detalle no es el desorden, ya que él es propio de la naturaleza del ser hablante, estar en un estado de desarmonía, de malentendido permanente.

En la neurosis es más fácil localizar cómo se siente el trastorno, porque el síntoma se hace soporte de este trastorno. Es difícil de captar, de precisar cuándo este trastorno "*sucede* a la juntura más íntima del sentimiento de la vida". Subrayo la palabra elegida por J-A Miller: Este trastorno *llega*.

Yo diría que esta palabra *llega* nos pone sobre la pista de cómo buscar *el pequeño detalle*, *sucede* quiere decir que hay una temporalidad: *que algo le ha sucedido al sujeto*. Entonces se trata de saber ¿cómo ha sucedido? No basta con situar las coordenadas del momento, sino precisar cómo sucedió el desorden. No basta con decir: ocurrió cuando murió su madre, ocurrió cuando empezó primero de primaria, ocurrió el día que la madre no lo recogió de la guardería. Las coordenadas no nos dicen cómo el desorden sucedió.

La clínica del pequeño detalle consiste, a de-tallar a ir sacando tajadas, pedazos tal que lo nota J-A Miller en su curso *Los divinos detalles*. En otras palabras, cuál fue la sensación, cual fue la temperatura que sentía, por utilizar la metáfora meteorológica.

Les doy un ejemplo. Un joven paciente ubicó en el momento de las entrevistas preliminares un momento importante de su vida. De niño, jugaba en la playa con

su familia. En un momento dado, estaba tan absorto en su juego que no se dio cuenta de que todos se habían ido. Tenía 7 años. Consiguió encontrar el camino de vuelta sin problemas, pero justo cuando estaba a punto de entrar a la casa un escalofrío, como él lo dijo, *le golpeó el cuerpo*. Mas tarde había sentido ese escalofrío en varios momentos clave de su vida: durante una pelea con otro chico, durante su primera relación sexual, durante un examen. De-tallando con él atrapamos el momento en que, radicalmente desvinculado del Otro, se encontró con un exceso en su cuerpo que testimoniaba precisamente del desorden (...) en la juntura más íntima del sentimiento de la vida”.

El mundo que nos rodea concierne al vínculo social

Para precisar con detalle el lugar que ocupa un sujeto en el vínculo social, es necesario saber si "el sujeto se identifica con una función social¹²". En nuestra clínica, encontramos ciertos sujetos que están sostenidos por ejemplo gracias a su escolaridad, la cual les garantiza el paso de una clase a otra sin tener que preguntarse qué ocurre después. Hace poco me contaron el caso de un joven paciente, excelente alumno, atado desde su infancia a su identificación con la "perfección". Al final de sus estudios universitarios, que aprobó con nota máxima, quemó su diploma y cayó en un estado de postración total. Decía que era incapaz de desempeñar cualquier función social.

En los pequeños detalles de su infancia identificados por la persona que lo recibe, había un detalle: cada vez que este joven tenía que superar una pequeña etapa (un partido de fútbol, un examen) caía en un estado de angustia que superaba cada vez solo. J-A Miller se refiere a un signo discreto de "angustia misteriosa"¹³, angustia causada por un sentimiento de "impotencia" para desempeñar una función social. No hablamos de inhibición, ni de acceso a un lugar simbólico, sino de un sentimiento de impotencia. "Una especie de vacío que constituye misteriosamente una barrera invisible"¹⁴.

Me parece que decir "abismo" y "barrera invisible" da la intensidad del asunto. A veces, como en el caso del paciente antes mencionado, quemar el diploma que acababa de obtener y sentirse enfrentado al abismo de la vida después, es una desconexión del vínculo social bajo la forma de la ironía. Quemar el diploma era su manera de decir, como señala J-A Miller en su texto "Clínica irónica", denunciar "que el Otro no existe, que el lazo social es básicamente una estafa, que no hay discurso que no sea semblante"¹⁵.

Ciertas "maneras de vivir" conciernen una disposición para hacer un nudo. Sobre este punto, me gustaría destacar una observación extraída de la clínica CPCT-París¹⁶

¹² Lacan, J. (1998). Seminario III: Las psicosis (J.-A. Miller, Ed., p. 297).9

¹³ Miller, J.-A. (2007). Los detalles clínicos..

¹⁴ Lacan, J. (2005). La escucha en psicoanálisis.

¹⁵ Miller, J.-A. (2008). La fuga del sentido

¹⁶ Lacan, J. (1998). Seminario III: Las psicosis (J.-A. Miller, Ed., p. 297).o.

tras la crisis de COVID: nos dimos cuenta de hasta qué punto la ruptura de “los modos de vida” provocaron una fractura importante en ciertos sujetos.

Un “modo de vida” concierne un tratamiento del goce, una manera de tratar a los demás. Digamos que, en lo que respecta al vínculo social, el desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida concierne la posibilidad de hacerse un lugar en el mundo. ¿Cómo siente el sujeto su apego al mundo? Una vez más, captar el pequeño detalle implica identificar cómo el sujeto hace lazo con los demás.

Sentir el cuerpo

Este es uno de los aspectos más difíciles de precisar: cómo siente un sujeto su cuerpo. ¿Cómo explicar los cambios mínimos que demuestran que el nudo que une al cuerpo a veces se rompe? No hablamos aquí de la imagen del cuerpo, aunque puedan detectarse fenómenos a nivel de la imagen; nos referimos a la forma singular en que el sujeto experimenta su lazo con el cuerpo.

Es importante señalar hasta qué punto el sentimiento de vida concierne a la relación singular que el sujeto tiene con su cuerpo. El desorden en la relación con el cuerpo está siempre presente para cualquier sujeto porque, como señala Lacan, “tenemos un cuerpo”¹⁷ como uno tiene “un mueble”. Esto sugiere la dimensión de peso y exceso que está presente en todos los seres que hablan con su cuerpo.

Muchos de los signos discretos de la psicosis conciernen a una relación singular con el cuerpo, y me parece que es difícil precisarlo porque los sujetos establecen modos de hacer que dificultan la detección del trastorno. Les recuerdo que no hablamos de la imagen del cuerpo, sino de cómo se siente. ¿El sujeto vive con un dolor que forma parte de su vida y que actúa como localizador? ¿El sujeto canta desde su más tierna infancia, única forma de sentir el paso del aire por la garganta? ¿Necesita caminar hasta quedar exhausto para sentir la pesadez de su cuerpo, de lo contrario tiene la impresión de desaparecer?

Destaquemos que *el desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida* concierne la manera en que el sujeto afronta una experiencia que ha perturbado al sujeto. El paciente que sufría un escalofrío en el cuerpo describió lo que le había sucedido en el momento de su primera relación sexual: empujado por una joven demasiado emprendedora -según la expresión del paciente-, experimentó algo extraño. Extrañeza producida por la constatación de que él “no sentía nada”, lo cual lo dejó en una gran perplejidad que expresó así: sintió que había “una distancia entre él y su propio órgano, como si hubiera un espacio vacío”. Como podemos escucharlo hay una articulación entre Phi cero y el desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida de este sujeto.

Para concluir, me gustaría señalar que cernir clínicamente el desorden en la juntura

¹⁷ Lacan, J. (2005). La cuestión preliminar a todo tratamiento de la psicosis..

más íntima del sentimiento de la vida por la vía del pequeño detalle, guía al psicoanalista para permitir al sujeto una localización de este desorden con el que él tendrá que lidiar para siempre y con el que tendrá que inventar algo.

No es lo mismo para un sujeto encontrar un tratamiento que tiene en cuenta las consecuencias de este desorden, que un tratamiento que lo ignora o que lo olvida. Este es un punto fundamental. En la práctica clínica, vemos los efectos devastadores de los tratamientos que no tienen en cuenta que hay un desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida. Las invenciones son singulares si ellas tienen cuenta lo que no se curara jamás.

Reflexiones desafinadas

Suso Pol

A continuación, unas reflexiones desafinadas que van acompañadas por tres acordes de "Introducción al método psicoanalítico" de Jaques-Alain Miller.

*"El que viene a vernos como analistas no es un sujeto, es alguien a quien le gustaría ser un paciente, cosa muy extraña"*¹⁸

Alguien tiene que llamar a nuestra puerta para que la primera sesión se inicie, probablemente haya cosas más útiles que hacer en estos tiempos, pero sigue habiendo gente que llega a nuestra puerta. Un buen día, el decorado de sentido, que uno se ha creado para transitar por la vida se resquebraja y, con suerte, un síntoma dibuja una sonrisa lo suficientemente inquietante como para hacer una pregunta. Esta puede ser una entrada ideal, pero a veces el recorrido es otro, las alternativas son muchas y variadas, faltaría más, son los tiempos. Algunos llegan felices con su diagnóstico bajo el brazo, dispuestos a que se les acune otro rato para continuar durmiendo. Otros piden el suyo, una etiqueta a la que responsabilizar de todos sus males. Hay quien sabe incluso cómo se ha de llevar el tratamiento, quieren algo rápido e indoloro, y que por supuesto, que no toque ni de lejos su paquetito de goce. La inmediatez apremia, el reloj imaginario de nuestro tiempo mide los segundos en una escala diferente que la del discurso analítico y, sin embargo, sigue habiendo pacientes que llaman a la puerta y analistas que aparecen tras ella.

*"Nosotros, en el campo analítico, estamos, contrariamente, del lado del sujeto. La cuestión que se plantea es si hay o no un diagnóstico del sujeto, un diagnóstico constituido no solo en la pura objetividad sino a nivel del sujeto"*¹⁹

Hay una escucha, aquella que va más allá de los ecos ensordecedores de nuestros propios ruidos que, a veces, puede abrir un nuevo camino. Hay quien se sorprende de que haya un espacio en el que se le permita hablar libremente de lo que quiera. El movimiento parece fácil, la ejecución no tanto. Implica escuchar más allá de los ecos de nuestros propios ruidos para que los significantes se desplieguen con el encanto que el discurso del Otro fue instaurando en cada uno. Una escucha que desde la ignorancia constituya el Sujeto supuesto Saber y permita, en el momento oportuno, deslizar la interpretación que levante la transferencia y nos coloque en el lugar adecuado para albergar el objeto de deseo del sujeto que nos visita.

Habrán pacientes para los que no será recomendable asomarse a las aguas del discurso analítico, no en toda demanda de análisis hay un deseo decidido. Hay otros que la fragilidad de su estructura nos invita a llevarlos por senderos diferentes ya que el baile del análisis puede abrir la brecha que lleve a un desencadenamiento.

¹⁸ Miller, Jacques-Alain. Introducción al método psicoanalítico. Paidós. Buenos Aires. 2006. p. 16

¹⁹ Ibid. p. 30

“Las entrevistas preliminares no son una investigación para descubrir dónde está el sujeto, se trata de efectuar un cambio en la posición del sujeto, eventualmente, transformar la persona que vino en un sujeto, en alguien que se refiere a lo que dice guardando cierta distancia con relación al dicho”²⁰

Quizás haya pocas oportunidades de romper el hielo de los espejos y escuchar la nota con la que el sujeto canta en relación a su queja. El sujeto contemporáneo nos lleva al límite del ingenio para operar la rectificación que permita acercarse al umbral del análisis. Cada encuentro entre analista y analizante es un encuentro único, y solo bien advertidos y orientados por la clínica, el control y las enseñanzas del propio análisis se puede transitar por esos territorios inexplorados. Más allá de la niebla que traiga cada uno, debemos formular aquellas preguntas que, generadas en el uno por uno, apunten a la implicación del sujeto en los sufrimientos de los que se queja, así lo mostró Freud con Dora y de ahí parte una de las notas diferenciales de nuestra práctica y que marca un camino del que no conviene desviarse.

Epílogo

Miller, en “Introducción al método psicoanalítico”, nos guía magistralmente por los tres niveles que atraviesan las entrevistas preliminares y conducen, si procede, al umbral del análisis, estos son: la evaluación clínica, la localización subjetiva y la introducción al inconsciente. Perteneciendo los dos primeros a la subjetivación y los dos últimos a la rectificación. Quizás sea una buena melodía para tener presente antes de cada entrevista inicial.

²⁰ Ibid. p. 62

Algoritmos al diván

Marcos Román

Es evidente que nuestra relación actual con el mundo está intermediada por los dispositivos digitales. En otras palabras, la subjetividad del sujeto contemporáneo está modulada y filtrada por los algoritmos que gobiernan sus pantallas. A partir de dicha premisa, podríamos establecer una hipótesis seguramente exagerada; a saber, que estamos asistiendo al advenimiento de un cuarto registro del sujeto: junto a lo *imaginario*, lo *simbólico* y lo *real*, se estaría abriendo paso un registro *algorítmico*. En mi opinión, esta hipótesis es aún hiperbólica. Pero quizás no lo sea tanto cuando, en un futuro próximo, los algoritmos se ubiquen ya no solo en pantallas exteriores al sujeto sino en el interior de su propio organismo, Elon Musk y Neuralink²¹ mediante.

En el momento presente, parece más ajustado hablar de lo *algorítmico* no tanto como un cuarto y nuevo registro de la subjetividad del sujeto, sino como una instancia ubicua que puede desplegarse a través de los tres registros ya conocidos. Por lo tanto, podríamos hablar de:

- Una dimensión *imaginaria* de los algoritmos. Esta dimensión tiene que ver con cómo los algoritmos modulan nuestras identificaciones en el contexto digital. Por ejemplo, los algoritmos que están en la base de los filtros fotográficos que pulen las imágenes con las que nos identificamos y nos comparamos, y que acaban constituyendo las referencias para nuestras autovaloraciones. La dimensión *imaginaria* del algoritmo la encontramos en los filtros de Instagram.
- Una dimensión *simbólica* de los algoritmos. Esta dimensión se relaciona con cómo los algoritmos modelan y predicen nuestros discursos. Un ejemplo claro está en las noticias que el algoritmo habilita y promociona en nuestros muros y *feeds*; es decir, en cómo el algoritmo nos alimenta de palabras. Otro ejemplo lo experimentamos cuando nuestro móvil completa nuestros mensajes y textos; el algoritmo se manifiesta entonces como un diccionario predictivo que remata nuestras cadenas significantes. La dimensión *simbólica* del algoritmo la encontramos también en las palabras que ChatGPT nos devuelve en respuesta a nuestras preguntas o inquisiciones.
- Una dimensión *real* de los algoritmos. El algoritmo también golpea en lo *real*. Pensemos, por ejemplo, en las decisiones algorítmicas que determinan si un sujeto recibe o no un préstamo. Los emergentes sistemas

²¹ <https://es.wikipedia.org/wiki/Neuralink>

de crédito social²² en China son un buen exponente de cómo los algoritmos se introducen también para controlar aspectos y manifestaciones de lo *real*.

Si asumimos entonces que los algoritmos constituyen una nueva capa, ubicua e inescapable, en la subjetividad del sujeto, podríamos reflexionar si dicha capa debería ser intencionalmente incorporada al dispositivo analítico. Es decir, nos preguntamos si debemos tumbar a los algoritmos en el diván, y si esto debe hacerse como parte de la entrada en análisis.

Ahora bien, el dispositivo analítico es intersubjetivo y diádico. Se constituye como una relación particular y única entre un analizante y su analista. En este sentido, puede ser ilustrativo introducir lo algorítmico dentro de dicho dispositivo a través de un doble movimiento: I) algoritmos como *ventanas*; y II) algoritmos como *espejos*.

i. Los algoritmos como *ventanas* operan desde el lado del analizante; modulan lo que el analizante ve –a lo que se asoma– desde su pantalla. De esta manera, se construye una especie de marco o encuadre afectado algorítmicamente a través del cual el sujeto se inclina hacia el mundo. Los algoritmos como *ventanas* tienen una dimensión *fantasmática*.

ii. A su vez, el carácter iterativo y autorreferencial de los algoritmos –su particular goce de repetición– hace que las *ventanas* iniciales se tornen en *espejos*. La pantalla que era en origen una cristalera o ventanal hacia el mundo, degenera en una lámina que sólo refleja más de lo mismo; el infierno de lo igual en términos de Byung Chul-Han. En última instancia, la *ventana* abierta degenera el *selfie* cerrado y continuo. En este sentido, los algoritmos como *espejos* operan análogamente a cómo lo hace el analista que, desde su posición de supuesto saber y a través de su “cadaverización”, devuelven al analizante su propio reflejo. Los algoritmos como *espejos* tienen una dimensión *contratransferencial*.

Si aplicáramos literalmente las consecuencias derivadas de lo anterior, llegaríamos al exceso de afirmar que un psicoanálisis puede ser enteramente entendido de manera algorítmica. No parece que sea así, al menos de momento. Entre otras cuestiones, no hallamos en el algoritmo rastro alguno del deseo del analista, ni del lenguaje del cuerpo del analizante. Pero sí que en el *smartphone* del sujeto analizante podrían hallarse rastros de su particular modo de goce (su teléfono móvil como *ventana*) y algunas de las marcas de sus relaciones de transferencia y contratransferencia (su teléfono móvil como *espejo*).

En suma, y no me hagan ningún caso, para una buena entrada en análisis, digámosle al sujeto: “Disculpe, ¿me permite ver su *smartphone*?”

22

<https://www.rtve.es/noticias/20230614/credito-social-nuevo-metodo-control-masivo-china/2447566.shtml>

La regla del 6. Clase 2.^a (27 de noviembre de 2024)

José María Álvarez

Este texto recoge la clase del 27 de noviembre de 2024 del curso Diez reglas clínicas para principiantes, que imparte José María Álvarez en el Servicio de psiquiatría y salud mental del Hospital Universitario Río Hortega de Valladolid y que está destinado a la formación de los residentes PIR y MIR. Los cursos "Historia de la psicopatología para clínicos", "La locura desde dentro" y el actual "Diez reglas clínicas para principiantes" están disponibles en Youtube y pueden seguirse en el canal de la Otra psiquiatría: <https://www.youtube.com/c/LaOtraPsiquiatr%C3%ADa>

La regla del 6 está estrechamente vinculada con la regla anterior: *A mí solo me gusta lo que me sienta mal*. Como sabéis, nuestro interés principal radica en exponer hechos clínicos que permitan a los jóvenes practicantes observarlos e incluso analizarlos bajo transferencia en su trabajo cotidiano. Para nosotros, estos hechos clínicos constituyen el fundamento sobre el cual construir teorías, y por ello nos esforzamos en presentarlos con claridad. Las explicaciones teóricas llegarán más tarde, conscientes de que, en este ámbito, las especulaciones y las teorías suelen ser complejas y en constante evolución.

Con la regla *A mí solo me gusta lo que me sienta mal* se destacó que la condición humana encuentra una satisfacción paradójica en el exceso, en lo que sienta mal y resulta perjudicial. Continuando con esta línea, también *La regla del 6* pone el foco en un fenómeno que se observa con frecuencia en la práctica clínica: una tendencia chocante hacia la satisfacción que combina elementos opuestos, como el placer y el dolor, la vida y la muerte. Pero tiene algo específico respecto a la regla anterior, algo relacionado con la terapéutica. Cuando se tiene algo de experiencia en psicoterapia y psicoanálisis, se hace evidente que los pacientes suelen mostrar una mejoría inicial, pero, tras unos meses, muchos experimentan un retroceso que los lleva nuevamente a la casilla de salida. Este regreso se manifiesta como una repetición de los dolores y malestares que han soportado durante años. ¿Qué provoca esta marcha atrás que aparece de forma recurrente? ¿Qué lleva a una persona a revivir aquello que tanto sufrimiento le causa? ¿La repetición es siempre idéntica a sí misma o introduce algunos elementos nuevos, diferentes?

Con vistas a responder a estas cuestiones, en esta clase tocaremos algunos palos de la teoría: el concepto de repetición tanto en su vertiente característica de la condición humana y su *pathos* (compulsión a la repetición), como en el terreno de la transferencia y la terapéutica (relaciones entre repetición y transferencia, entre ausencia de recuerdo y repetición, entre repetición y sorpresa en la sesión analítica). Conviene dejar claro que la compulsión o coacción a la repetición (el *Wiederholungszwang*), pese a ser un tipo de funcionamiento humano infausto e incoercible desde el punto de vista de voluntad, no implica un determinismo inexorable, patético, irrevocable. Nuestro trabajo diario lo prueba: una cosa es la tendencia a la repetición y otra que la repetición sea siempre un calco de lo mismo. No, no es una copia de lo mismo, no es el mismo dolor ni la misma posición desde la que se experimenta; en definitiva, el sujeto varía su relación con lo que repite y

puede inventar algo diferente, a menudo de índole sintomática. Ahí está su ganancia creativa y ahí se aprecia también nuestra pequeña contribución.

Sobre este particular, los filósofos y los analistas, la mayoría de los analistas, salvo algunos tristes y patéticos, coincidimos plenamente. En la próxima clase dedicaré unas pocas palabras a Aristóteles, Nietzsche, Kierkegaard, Heidegger, Deleuze, Derrida y Arendt, autores a partir de quienes se puede, *grosso modo* y de formas muy diferentes, entender la repetición como invención o creación más que como una copia ineluctable.

1. MARCO DE ESTA EXPOSICIÓN

En la clase anterior mencionamos que la clínica psicoanalítica ha avanzado significativamente, en gran parte debido a las modificaciones en su técnica. Estos cambios surgieron cuando el método tradicional resultaba insuficiente para resolver los síntomas tanto de los pacientes habituales de los psicoanalistas como de los nuevos casos que llegaban a consulta. Uno de los textos que comentaremos hoy trata precisamente este tema. Se titula "Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis)", publicado en 1914. El escrito comienza afirmando: "No me parece ocioso recordar una y otra vez a los estudiantes las profundas alteraciones que la técnica psicoanalítica ha experimentado desde sus comienzos".

La frase que acabo de citar me sirvió como punto de partida, en la clase pasada, para comentar el desplazamiento que se observa en la clínica psicoanalítica: un tránsito que va de lo imaginario a lo simbólico y, finalmente, hacia lo real. Este desplazamiento, analizado desde la perspectiva de la técnica psicoterapéutica y, posteriormente, psicoanalítica, puede dividirse en tres momentos clave:

- En un primer momento, el poder de influencia del terapeuta residía en su autoridad como médico, capaz de provocar en el paciente una fuerte sugestión. Esto se lograba a través de métodos como la hipnosis o mediante discursos persuasivos que buscaban reconducir al enfermo hacia una vida "normal". Incluso se recurría al propio terapeuta como modelo de salud y moralidad, como ilustran las obras del pionero suizo Paul Dubois y las famosas presentaciones de pacientes de Jean-Martin Charcot.
- En un segundo momento, que podemos observar en los grandes casos clínicos de Freud (Dora, El Hombre de las Ratas, El Hombre de los Lobos, especialmente), la sugestión es reemplazada por la noción de un inconsciente transferencial. Para alcanzar la curación, era necesario explorar este inconsciente, lo que implicaba levantar la represión y acceder a los recuerdos más ocultos del paciente. Este proceso se sustentaba en herramientas como la interpretación, el análisis de las resistencias y el mandato de "recordar" (evocado incluso en la película *Recuerda* de Alfred Hitchcock, de 1945, inspirada en el psicoanálisis).

- Finalmente, en el momento actual, ese inconsciente transferencial ha dado paso a lo que se denomina un inconsciente real, concebido como un núcleo de restos densos y resistentes al poder de las palabras. Este inconsciente real se aborda, según plantea la orientación lacaniana contemporánea, mediante el silencio y el corte de la sesión como elementos principales de la intervención analítica.

En la clase pasada, también destacué que estos periodos históricos no deben interpretarse como un progreso lineal, donde cada avance sustituye o invalida lo anterior. Por el contrario, tras esta ultimísima orientación hacia lo real surgirá otra nueva clínica, y después otra, en una sucesión incesante. No se trata de que las personas cambien de manera radical cada dos o tres décadas, sino de que nuestras teorías, al enfrentarse con los límites de la práctica clínica, acaban debilitándose y requieren ser renovadas.

La lógica de estas variaciones, como señalé, es la misma que Freud destacó en la frase que cité: los cambios en la técnica psicoanalítica emergen principalmente de los impases que plantea la clínica misma.

2. LOS PODERES IGNOTOS QUE NOS LLEVAN A LO PEOR

En su obra *El yo y el ello* (1919), Freud cita al médico y escritor Georg Groddeck, quien afirma: “Somos vividos por poderes ignotos (desconocidos: *unbekannt*), ingobernables” (Freud, 1919, p. 25). Esta frase señala una verdad fundamental sobre la condición humana, pero carece de una explicación o un desarrollo argumentativo sólido. A lo largo del tiempo, ha sido repetida de múltiples formas, aunque sin un análisis consistente. Freud comparte esta idea, pero busca ir más allá, proporcionando una respuesta convincente a la pregunta de por qué, en numerosas ocasiones, perseguimos aquello que nos perjudica o revivimos situaciones que nos generan sufrimiento.

El trato continuo con nuestros pacientes nos lleva a observar ciertas realidades un tanto sórdidas y contrarias al sentido común, en concreto una tendencia acendrada que nos empuja a revivir situaciones dolorosas. Aunque parezca un contrasentido, se trata de algo que se advierte habitualmente en nuestro trato con las personas.

Uno de los textos más importantes que escribió Freud es *Más allá del principio del placer*, publicado en 1920. Este ensayo comienza así: “En la teoría psicoanalítica adoptamos sin reservas el supuesto de que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio de placer. Vale decir: creemos que en todos los casos lo pone en marcha una tensión displacentera, y después adopta tal orientación que su resultado final coincide con una disminución de aquella, esto es, con una evitación de displacer o una producción de placer”.

Sin embargo, a medida que avanza el texto, la primacía del placer como principio rector comienza a ser cuestionada, dando paso a la idea de una tendencia mucho más poderosa en nuestra psique, que no se orienta necesariamente hacia el

bienestar o el placer. Es por ello por lo que Freud introduce el concepto de *más allá del principio del placer*. ¿De qué se trata?

3. MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DEL PLACER

Más allá del principio del placer (1920) es uno de los textos más influyentes de Sigmund Freud. En este ensayo, revisa y amplía su teoría del funcionamiento psíquico, introduciendo la idea de que no todo en la psique humana se rige únicamente por la búsqueda del placer y desarrolla el concepto capital de pulsión de muerte (*Todestrieb*).

Por lo general, se suele pensar que el hombre busca como bien supremo el placer. Cuando Freud destaca que “los procesos anímicos son regulados automáticamente por el principio de placer”, menciona que eso ya ha sido propuesto por “determinado sistema filosófico formulado en la historia”. A menudo se suele asociar ese sistema con Epicuro quien, en “Carta a Meneceo”, escribió: “el placer es el principio y fin del vivir feliz”. Sin embargo, conviene hacer algunas precisiones al respecto, las cuales serán útiles para la reflexión sobre la materia que estoy desarrollando. Hay que tener en cuenta que Epicuro define el placer como el estado de ausencia de dolor físico (*aponía*) y de perturbación mental (*ataraxia*). Aunque se conservan muy pocos escritos de Epicuro (al que conocemos sobre todo por Diógenes Laercio y Lucrecio), su punto de vista, creo yo, no se basa en una búsqueda desenfrenada de placeres sensoriales, sino de una vida tranquila y equilibrada. En la “Carta” que mencionaba antes, Epicuro escribió: “El más grande bien es la prudencia, incluso mayor que la filosofía. De ella nacen las demás virtudes, ya que enseña que no es posible vivir placenteramente sin vivir sensata, honesta y justamente, ni vivir sensata, honesta y justamente sin vivir con placer. Las virtudes están unidas naturalmente al vivir placentero, y la vida placentera es inseparable de ellas”.

A diferencia del hedonismo moderado y prudente de Epicuro, el hedonismo de Aristipo de Cirene es más sensualista, intenso y directo, en la medida en que se centra en el placer y busca la gratificación inmediata y sensorial. Más allá de estos matices, lo que nos interesa es la posición respecto al goce o exceso de una y otra corriente: si bien ambos reconocen los riesgos del exceso, Aristipo está más dispuesto a asumirlos para disfrutar del placer inmediato, mientras que Epicuro evita los excesos para preservar la paz interior.

Como decía, Freud comienza señalando que la vida psíquica está regida por el principio del placer, que busca evitar el displacer y aumentar el placer. Sin embargo, observa fenómenos que no pueden explicarse fácilmente dentro de este marco, como los sueños traumáticos o las compulsiones de repetición (el sujeto parece repetir experiencias dolorosas o traumáticas, buscar relaciones dolorosas calcadas de otras de la infancia, incluso sin obtener placer consciente de ello). Estas constataciones diarias llevan a Freud a cuestionar si nuestra mente está gobernada únicamente por el principio del placer o hay algo más allá del principio de placer.

A partir de este tipo de experiencias, Freud concluye que, más que estar impulsados por el principio del placer, parece que actuamos en su contra. La compulsión de repetición emerge como un fenómeno más fundamental y primitivo, que no busca la satisfacción, sino que se orienta a la reproducción de una experiencia pasada, tal vez como una forma de intentar dominarla. De ahí que, en el último capítulo de *Más allá del principio del placer*, desmienta su punto de partida y concluya: “Si realmente es un carácter tan general de las pulsiones el de querer restablecer un estado anterior, no podemos asombrarnos de que en la vida anímica tantos procesos se consumen con independencia del principio de placer”.

Por tanto, para Freud hay algo muy poderoso que nos empuja más allá del principio del placer, al margen del gobierno del principio del placer. Y para teorizarlo propone la existencia de una pulsión básica que va más allá de la búsqueda de placer: la pulsión de muerte. Esta pulsión, opuesta a las pulsiones de vida (*Eros*), *grosso modo* busca la regresión a un estado inorgánico, al reposo absoluto. Conforme a su construcción teórica, *Eros* busca unir, crear y preservar; *Todestrieb* impulsa hacia la disolución y la destrucción.

Freud sugiere que los traumas pueden “fijarse” en el aparato psíquico de tal manera que la persona, en lugar de evitarlos, los revive constantemente. Esto se observa en los sueños recurrentes de personas que han sufrido experiencias traumáticas. Quizá, como sugiere Freud, este fenómeno constituye un intento del aparato psíquico de integrar o procesar lo ocurrido, aunque implique revivir el dolor. A diferencia de la consciencia, desde el punto de vista del inconsciente no existe una diferencia entre lo placentero y lo doloroso. Incluso, como enfatizó Lacan en *Televisión*: “El sujeto es siempre feliz” (siempre feliz en el plano de la pulsión, puesto que la pulsión siempre se satisface).

4. REPETICIÓN Y TRANSFERENCIA

Además de los sueños traumáticos, reviviscencias de sucesos dolorosos, establecimiento de relaciones dañinas conforme a un modelo infantil, conductas autodestructivas y adictivas, etc., la compulsión a la repetición se manifiesta también en la transferencia terapéutica: los pacientes tienden a “repetir” con el analista aspectos de sus relaciones pasadas (por ejemplo, transferir sentimientos de amor, odio o frustración vinculados a figuras significativas). Desde este punto de vista, la repetición es una herramienta fundamental para el análisis, ya que permite observar, entender y resignificar esos patrones.

Algunos analistas, siguiendo los comentarios de Freud en el caso Dora, consideran que la repetición debe darse en la transferencia y que solo cuando la transferencia se ha analizado con claridad, el paciente adquiere una verdadera comprensión de las construcciones que se han realizado en el análisis. En su obra *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, Horacio Etchegoyen escribió: “Creo, por mi parte, que el paciente no sólo adquiere convicción una vez que se analiza la transferencia, sino que, además, tiene todo el derecho de que sea así, porque sólo la transferencia le

demuestra que realmente repite las pautas de su pasado: todo lo demás no pasa de ser una mera comprensión intelectual que no puede llegar a convencer a nadie” (p. 112).

Aunque esta consideración es habitual entre los psicoanalistas de varias escuelas, el punto de vista de Lacan es algo distinto (Etchegoyen considera la técnica de Lacan “severa y ríspida”, p. 135). Lo mencionaré únicamente para que los interesados puedan estudiarlo con más detalle sobre todo en el *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (o también en el libro de Cosenza titulado *Jacques Lacan, el problema de la técnica psicoanalítica*). De modo general, Lacan considera que la transferencia no es repetición. Esta afirmación debe matizarse, y él lo hace en el *Seminario 11*: admite que hay repetición en la transferencia; subraya además que Freud se acercó a la repetición gracias a la experiencia de la transferencia, pero afirma: “Digo que el concepto de repetición nada tiene que ver con el de transferencia” (p. 41). Con ello, y conforme a la lectura de Cosenza, Lacan intenta anudar, en la teoría de la transferencia, “las dimensiones repetitiva y creativa que aparecen implicadas en la dinámica de la transferencia” (p. 90). Para decirlo con los términos del propio Lacan en el *Seminario La transferencia*, en la transferencia se da tanto “el automatismo de repetición” (p. 200) como algo creador (“hay en la manifestación de la transferencia algo creador” (p. 202)). Dicho con otras palabras: si fuera puro automatismo, estaríamos de lleno en un planteamiento determinista; al introducir la vertiente creativa y con ella lo contingente y la indeterminación del sujeto, entiendo que Lacan contrabalancea ese planteamiento de la repetición en la transferencia considerada como si fuera algo automático.

Construcciones lacanianas

Juan Conde

En esta ocasión me gustaría tener el placer de reseñar este libro de Enric Berenguer o al menos poder comentar brevemente alguno de sus capítulos.

El autor es licenciado en psicología clínica y miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis además de analista miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (ELP).

Titulado “¿Cómo se construye un caso?”, en NED ediciones año 2018, este seminario destaca por recoger no sólo un gran repaso a las aportaciones teóricas psicoanalíticas desde los tiempos de Freud hasta la actualidad, sino también por traernos de forma clara toda la pragmática clínica para construir correctamente un caso.

Me encanta la idea que nos traslada el autor de que debemos evitar tratar de exponer todo lo que se dice en las sesiones, se trataría más bien de elaborarlo o fabricarlo, es decir, el caso tiene que ser construido.

En la página 195 nos adentramos en los entresijos del Seminario XI de Lacan²³, “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, donde se acentúa la forma en la que tenemos de pensar y construir los casos clínicos.

Es muy interesante como se desgrena la idea de acercarnos al núcleo traumático del paciente apoyándonos en la idea de Lacan de que tenemos que avanzar siempre con prudencia.

Unas páginas más adelante en la 205 entramos de lleno en la lógica del fantasma para terminar en el capítulo final repasando e indagando la noción de síntoma analítico.

Es a partir de la página 231 donde el autor, apoyándose en el gran Jacques-Alain Miller, diferencia las prácticas nosológicas actuales de una psicopatología cualquiera, para pasar a pensar en términos de inconsciente y las políticas de identificación de cada sujeto.

Me quedo definitivamente con la posición del autor respecto a seguir trabajando los casos de una manera contrapuesta a la originaria de Freud dado que sus casos se exponían de forma muy extensa en comparación con las viñetas clínicas de Lacan.

Aprendemos en una conversación y eso quizá pasa por saber reducir el material de un caso y eliminar lo superfluo, es decir, un ejercicio de condensación. Por eso me quedo con las nociones de Lacan de que hay algo del orden de un real que no se puede traducir. Se puede tratar de traducir todo a nivel teórico pero lo verdaderamente importante escaparía.

Concluyo citando en la página 61 una frase que puede pasar desapercibida en una primera lectura pero que es una poderosa guía para los que estamos disfrutando con los aprendizajes de Lacan, dice así: “Para Lacan, la teoría acaba siendo más bien

²³Lacan, J., *El Seminario libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós, BB.AA., 2008.

una forma de nombrar, de situar unos pocos puntos de opacidad, de situar algo de la estructura, pero también lo que no concuerda, los puntos de falla de esa misma estructura.”

En definitiva, un libro que nos aportará grandes momentos de placer, innumerables horas de estudio y de revisión de nuestras construcciones de casos clínicos, nos ayudará a mejorar en el diálogo con compañeros y enriquecerá discusiones y debates para ir puliendo nuestros puntos ciegos como Analistas.

Primera sesión: el encuentro con la página en blanco

Andrea Torres

El “bloqueo del escritor” es un fenómeno concurrente en la sociedad y con el que todos estamos familiarizados, independientemente de que esté ligado a un ámbito literario. Enfrentarnos a algo por primera vez, esa página en blanco, requiere una aproximación a la incertidumbre que nos muestra como individuos en falta, incompletos. Ese blanco representa un vacío que remueve sentimientos de incompletitud y búsqueda de límites simbólicos, generando un sentimiento de vulnerabilidad que conduce a la angustia. Para poder crear, es necesario pasar por el reconocimiento de la falta, esa que guía al deseo que abre las puertas a organizar nuestro propio caos a través de leyes simbólicas.

En la primera sesión, la persona debe enfrentarse a esa falta. La mayoría de las personas que comienzan un proceso analítico comentan lo difícil de dar ese primer paso a hacer la llamada para concertar la cita. El notarse en falta y verse en la necesidad de recurrir a un especialista recrea esa sensación de percibirse como un ser incompleto. Comienza la identificación de la página en blanco que va a tener que rellenar a la hora de intentar plasmar sus conflictos con significantes, un espacio donde lo simbólico aún no ha tomado forma.

Al formalizar una primera sesión, el sujeto se encuentra frente a su propio vacío, un espacio que aún no está estructurado por la palabra. Están implícitas todas las posibilidades, pero ninguna está aún fijada. El vacío inicial es desconcertante, evocando una sensación de indefensión similar a la del proceso creativo. Pero el deseo siempre se estructura en torno a una falta, que puede aparecer en toda su crudeza, dejando al paciente en un estado de desorientación inicial. Esta falta es el motor de la creación: un vacío que pide ser llenado. Pero aquí surge un obstáculo, porque esta falta nunca podrá ser plenamente colmada; el vacío en el centro del deseo humano no puede ser eliminado.

La aproximación a un proceso analítico, al igual que en el proceso creativo, surge tras una demanda, externa o interna, a enfrentarnos con la página en blanco y producir significantes. Pero un elemento clave es la mirada que supervisa ese proceso de creación, un gran Otro al que le hemos atribuido el rol de audiencia. Algo debe ser dicho y eso debe satisfacer a esa audiencia. El sujeto está llamado a llenar este vacío, a crear un discurso que dé forma a lo que aún no tiene forma y hacerlo bajo una mirada de juicio atribuido por el propio sujeto.

El gran Otro, un vigilante de la creación y recreación personal, compuesto por objetos internos del sujeto, está presente en la figura del analista. Un artista, a la hora de crear, está atado a un sistema cultural, unas expectativas que han sido depositadas en él y él se ha convertido en ese ente supervisor y regulador de su

producción. El sujeto que acude a una primera sesión tiende a percibir al analista como un público al que debe entregar una creación.

En este momento, se instaura un movimiento esencial: la transferencia. El analista se convierte en el “sujeto del supuesto saber”, una figura en la que el sujeto deposita la expectativa de que algo puede ser revelado. Más que una audiencia, el analista debe convertirse en el lienzo que desafía al artista a proyectar sobre él sus deseos y angustias. Un espacio de proyección, un lugar donde el paciente se permita experimentar la esperanza de que su discurso tenga alguna dirección.

La transferencia permite al paciente ordenarse, y el analista, ubicado en el rol del “sujeto del supuesto saber”, representa un canal por el que el sujeto espera encontrar palabras y significantes para dar formas en la página en blanco. Esta creencia en la posibilidad de sentido permite al sujeto entrar en un proceso donde la angustia se canaliza en un flujo simbólico, como si cada palabra añadiera una pincelada sobre ese lienzo vacío.

La entrada en el orden simbólico implica un encuentro con la ley, y el analista encarna una forma de ley: un marco que, aunque implícito, regula el discurso del paciente, dándole una estructura que permite comenzar a ordenar el caos de la experiencia subjetiva. Aunque el analista no impone una ley de manera explícita, su presencia misma permite que el paciente empiece a organizar su discurso, a “dibujar” sobre el vacío inicial. Así como un artista se apoya en la técnica o alguna convención que le permita plasmar su experiencia, o el deseo producido por su falta, en una obra. La función de la ley aparece como un marco sutil pero necesario que permite articular el deseo.

El discurso, que en un principio aparece como un flujo de palabras sin sentido aparente en la primera sesión, en el transcurso del análisis comienza a organizarse en significantes con un peso en la subjetividad. El paciente, inicialmente con una expresión limitada, vislumbra contenido e imágenes en lo que antes representaba como “blanco” o “vacío”. La palabra permite que lo inconsciente encuentre un canal de expresión, aunque nunca alcance una expresión completa. La primera sesión es, por tanto, una apertura a este proceso de materialización, un momento en el que lo inconsciente comienza a mostrarse en los pliegues del lenguaje.

El analista aporta al paciente un espacio para enfrentarse a su propia “página en blanco” sin miedo a ser juzgado. Este deseo, que no es un deseo de posesión ni de control, funciona como un impulso sutil que acompaña al paciente en su travesía. Como el artista que se permite crear sin una meta precisa, el paciente, sostenido por el deseo del analista, puede comenzar a explorar su propio vacío.

La función del acto psicoanalítico no es, entonces, eliminar la falta, sino hacer posible que el sujeto viva con ella, que la integre en su propio discurso. Como el artista que no busca “terminar” su obra, sino explorar sus posibilidades, el sujeto debe aprender a moverse dentro de su falta, a dejar que su deseo emerja desde ese lugar.

El proceso creativo implica enfrentarse constantemente a la ilusión de un 'yo ideal', una imagen de perfección que el artista quisiera alcanzar en su obra. Sin embargo, como ocurre en el estadio del espejo descrito por Lacan, esta imagen unificada es solo una ilusión. Frente a la página en blanco, el artista se confronta con sus propios límites y con la inevitable fragmentación de su ser. Del mismo modo, en el acto analítico, el sujeto debe abandonar la expectativa de un 'yo' acabado, y aceptar que, en su discurso, el 'fallo' y la incompletitud son inevitables. En este sentido, el análisis, como el arte, permite al sujeto dar lugar a una expresión genuina, precisamente porque reconoce y trabaja desde esa fragmentación, permitiéndose avanzar sin intentar alcanzar una totalidad ilusoria.

¿La elección del momento como manifestación del goce?

Ana Victoria Llamas Picorel

Desde el instante en que un sujeto decide iniciar un análisis, se despliega un entramado que involucra tanto su deseo como el goce que lo impulsa. Este goce no es el placer inmediato, sino una satisfacción compleja y muchas veces dolorosa que lleva al sujeto a repetir patrones de malestar. En este sentido, el momento en que alguien elige comenzar un análisis no es arbitrario: es una elección cargada de sentido, que revela una posición subjetiva ante el goce y el sufrimiento.

La primera sesión no es un acto casual ni práctico; marca el inicio de un proceso en el que el sujeto ya se presenta en su complejidad. Aunque acudir al análisis puede parecer una decisión consciente —motivada por el deseo de resolver un malestar o por simple curiosidad—, esta elección contiene elementos inconscientes y significantes que revelan una postura frente al goce. El análisis no es solo una entrada al tratamiento, sino una enunciación inaugural que expone algo del deseo y de la relación del sujeto con lo que le genera tanto placer como sufrimiento.

El momento elegido para iniciar el análisis no es azaroso; implica un "tiempo lógico" en el que el deseo y el malestar han alcanzado una tensión específica que impulsa al sujeto a "dar el paso". Este acto inaugural contiene, en sí mismo, un enigma: ¿por qué ahora y no antes? Al explorar este "¿por qué ahora?", el análisis intenta desentrañar los significantes que orbitan en torno a esta decisión: ¿es el impulso de un malestar intolerable o la búsqueda de resolver algo que insiste en repetirse? Así, el acto de inicio manifiesta una primera inscripción en el "tiempo del goce" del sujeto, que responde a una lógica del inconsciente, no a la cronológica.

En este "tiempo del goce", el sujeto ya no puede aplazar la confrontación con aquello que lo desborda y, a la vez, lo atrae. La decisión de acudir a la consulta refleja cómo se posiciona frente a su deseo y malestar. Sin embargo, no es solo una búsqueda de alivio; es un intento de inscribir el deseo en el tiempo, una inscripción que revela cómo el goce y la repetición organizan el sufrimiento en su vida psíquica. Desde esta primera sesión, el análisis aborda tanto los motivos conscientes como las razones implícitas de esta elección, explorando la tensión entre el deseo consciente de cambio y la insistencia del deseo inconsciente, que retorna a través de los síntomas. Así, la relación ambigua del sujeto con sus síntomas y con el Otro comienza a delinearse. En este contexto, el goce no es solo una vivencia emocional, sino una estructura que sostiene los puntos de sufrimiento y repetición del sujeto. Hablar en la primera sesión es más que una introducción; es una enunciación inicial donde el sujeto empieza a confrontar aquello que ha permanecido velado o incomprendido. La palabra en análisis es vehículo del inconsciente desde el primer momento. Así, el sujeto ofrece al analista no sólo una narración, sino una primera representación de su relación con el goce, manifestado en sus síntomas, silencios y en lo que no se atreve a nombrar. En esta primera instancia se establece también la transferencia, un vínculo en el que el sujeto comienza a entregar algo de su verdad inconsciente al Otro.

El discurso inicial revela cómo el sujeto intenta —consciente o inconscientemente— reconciliar su malestar y su goce. Para el analista, que recibe estas primeras claves de la repetición y el sufrimiento, este discurso es una lectura de los elementos que el sujeto pone en juego en su relación con el Otro y su deseo. No se trata de una verdad consciente y absoluta; es una verdad del inconsciente, donde el goce emerge sutilmente a través de síntomas y contradicciones.

De este modo, la enunciación inicial no solo expone el goce del sujeto, sino que abre un espacio en el que su relación con el deseo y el malestar puede ser transformada, o al menos cuestionada. Quizás el análisis permita que algo de ese goce se reconfigure, o quizás tan solo lo ilumine desde una nueva perspectiva. Lo que el análisis descubrirá sigue siendo una incógnita; su interpretación queda abierta, como lo está siempre aquello que, entre el deseo y el goce, permanece aún por decir.

Angustia y fobia

Mercedes de Francisco
Marzo de 2006

Desde luego el abordaje psicoanalítico sobre la angustia y la fobia, es muy diferente al de otras terapéuticas.

En el psicoanálisis lacaniano, se mantiene la angustia. No se trata como en los TCC, de enmascararla bajo la ansiedad, para de esa forma tener la posibilidad de cuantificarla. Se considera este fenómeno ansioso como la respuesta más o menos adaptada del sujeto a su ambiente, a condiciones ansiógenas de la vida "moderna".

Desde luego las técnicas cognitivas comportamentales tratan el fenómeno de la angustia como cuantificable, evaluable, y curable. Se tratará por la vía de consejos que se tornan significantes imperativos. Los protocolos y el registro de las situaciones de angustia o miedo por los que pasa el sujeto servirán para organizar una terapéutica que recorre el abanico del consejo menos aversivo hasta la confrontación, a veces hasta brutal, con lo que aparentemente es el objeto que causa el miedo, la fobia, la angustia.

Cuando se trata de la angustia y de la fobia, no hay una diferencia específica a la hora de entender estos fenómenos entre niños y adultos. Tanto uno como otro, el sujeto lo experimenta en su infancia, es constitutivo de la subjetividad, y aunque esto aparezca en la clínica con adultos hunde sus raíces en la niñez.

En primer lugar, para el psicoanálisis angustia y fobia son cuestiones distintas, aunque tendemos, cuando las experimentamos a confundirlas.

1 FOBIA TRATAMIENTO DE LA ANGUSTIA, UN INTENTO DE TRATAMIENTO SIMBÓLICO.

Diremos, en primer lugar, que la fobia, el miedo, es ya un tratamiento de la angustia; por tanto, la angustia es anterior a la fobia. Con el miedo el sujeto, evitando el objeto que lo causa, organiza todo un circuito espacial y temporal que le hace un magnífico topógrafo de la ciudad o del barrio en el que vive. Pero, aquí conviene despejar un prejuicio, estos objetos de los que hablamos no se pueden considerar cosas que en sí mismas no estén afectadas por la significación que cada uno le damos. Por ello cuando en el famoso caso de fobia tratado por Freud, el caso Juanito, se trata del caballo, que sea este animal y no otro tiene su valor e interés. Se trata del ruido y el movimiento del caballo, se trata de la contemplación de estos animales y sus atributos fálicos, etc., en un momento donde Juanito, había significado el mundo en relación al falo imaginario. Vemos ya desde esta perspectiva que, para el trabajo clínico con un niño afectado por un miedo infantil, o cuando atendemos a un adulto afectado por miedos muy definidos, debemos tratar de despejar porque se trata de ese objeto-significante y no otro.

2. LA ANGUSTIA ES UN AFECTO, LA FOBIA ES UN SÍNTOMA QUE FUNCIONA COMO PLACA GIRATORIA.

Los síntomas fóbicos podemos encontrarlos en cualquier tipo de patología, no son exclusivos de ninguna estructura clínica. La angustia es considerada por Jacques Lacan como un afecto que no engaña, y puede ser experimentada por cualquier ser humano. Iremos explicando la formulación: “un afecto que no engaña”, podemos preguntarnos no nos engaña frente a qué; ¿y los otros afectos es que sí son engañosos, por ejemplo, el amor? Fue Kierkegaard quien tomando el pasaje Bíblico de Abraham y su hijo Isaac, nos dio su concepción de la angustia. Este filósofo se pregunta cómo puede ser que no consideremos a Abraham un psicótico que oye voces, y, sin embargo, estemos dispuestos a creer que oye la voz de Dios y además un dios que le pide el sacrificio de lo máspreciado, su hijo Isaac. El matiz que hace que optemos por la segunda alternativa, es que este acto va precedido de la angustia, que no es un acto que lo dirija la certeza, sino la angustia.

Tanto para el psicoanálisis como para Kierkegaard, se trata de la angustia que preside la antesala del acto y que puede incluso impedirlo.

La fobia como placa giratoria, que surge en un momento de la constitución subjetiva, y donde podemos encontrar como el sujeto puede optar por un tratamiento fóbico, paranoico, fetichista del objeto.

La angustia es un afecto que sentimos en el cuerpo, palpitations, opresión, vértigo, etc., el amor que hemos dicho que a diferencia de la angustia sí engaña, también lo sentimos en el cuerpo, esa sensación en el estómago cuando vemos al amado, esa intranquilidad, ese placer cuando del encuentro se trata etc.

Entonces mantendremos abierta la pregunta de por qué la angustia no engaña.

3. LA ANGUSTIA QUE NO ENGAÑA, LA ANGUSTIA COMO SEÑAL.

El sueño ya desde Freud se ha considerado como la vía regia hacia lo real, y sobre todo el sueño de angustia, como una vía de acceso a lo real. Es una señal, que generalmente viene de alguna manera disfrazada con las vestimentas de la fobia y del miedo.

¿Cómo soportar la angustia sin algún significante que permita acotarla? ¿cómo soportar esa experiencia en el cuerpo para la que no encontramos causa y tampoco palabras que la aplaquen?; solamente cuando algún significante viene a nuestra ayuda y salimos de este impasse, se nos torna más soportable.

Pero sin ánimo de ser pesimistas la angustia es un afecto tan constitutivo de la subjetividad que no es curable, no tiene cura.

Cuando las terapias se sostienen en concepciones que quieren reducir al ser-hablante a la pura existencia animal, todo disfuncionamiento: trastorno, síntoma, querría ser resuelto por la vía de una adaptación del individuo a la normalidad. Midiéndose esta normalidad y adaptación por la supresión de todo lo que no va, lo que cojea, lo imposible.

Desde la enseñanza de Lacan y su máxima expresión en su Seminario dedicado a la Angustia, para los psicoanalistas la angustia no tiene curación, en todo caso puede ser cercada, y puede ser llevada a darle su carácter más productivo.

No solamente en los pacientes niños que tratemos, sino en nosotros mismos en la novela familiar del neurótico. Pero conviene no perderse por estos meandros pantanosos de la novela familiar edípica cuando de la angustia se trata.

4. EL EDIPO, LA AMENAZA DE CASTRACIÓN: CONSECUENCIA DE LA ANGUSTIA Y NO PROVOCADORA DE ELLA

Como el miedo está claro que está referido a objetos, durante una época para el psicoanálisis la angustia era sin objeto. Ese embarazo subjetivo, esas sensaciones en el cuerpo, pero sin posible definición, la diferencia del miedo. Miedo a la muerte, miedo a las multitudes, fobia en el ascensor, miedo a estar enfermo, etc. Cuando se trata de la angustia es algo difuso que no sabemos decir que la provoca, su causa directa. Por ello la manera que tiene el sujeto para tratar la angustia es la fobia, el miedo. Dando así un marco a lo que no lo tiene.

Cuando se ha experimentado la angustia, que Freud llegó a nombrar salvaje, es una experiencia que se torna muy insoportable. El sujeto tiene urgencia por no sufrirla, y el psicoanalista sabe que no se trata de desangustiar al sujeto, porque todo intento en ese sentido se tornará infructuoso, lo que puede hacer es bordearla. Esto permitirá al sujeto un uso productivo de la misma que aligerará su padecimiento.

Si la fobia es un tratamiento de la angustia, podemos encontrar y ubicar en dicha fobia el núcleo angustiante. En el caso freudiano de Hans, se trataba de la mancha en la boca del caballo. Se pasa entonces de la fobia al caballo, y al ruido que hace, a este "divino detalle" que rápidamente nos remite a la amenaza de devoración que el sujeto puede sentir frente al Otro.

La angustia por tanto a diferencia del miedo es con objeto, pero un objeto distinto a los del mundo significantizados, y por tanto imaginarizados.

Por tanto, la angustia no es sin objeto, como se creía para diferenciarla de la fobia, pero su objeto, es el resto que surge de la operación de la entrada del sujeto en el campo del Otro. El sujeto queda tachado, dividido, el Otro también, en los dos casos se produce una falta, al sujeto le falta al Otro también, y como resto un objeto que nombraremos pequeño a. Un resto de ésta operación, que no siendo lo Real, en un sentido estricto, es una vía que nos conecta con este registro. Es un objeto que no

es exclusivamente significativa y que anuda pulsión y zona erógena del cuerpo. Así tendremos cuatro objetos pulsionales, oral, anal, escopico e invocante.

Este es el resto de la operación de la venida de un ser vivo al campo del Otro de la palabra y del lenguaje.

Por un lado, la falta, nunca podremos experimentar el goce de lo vivo como en el mundo animal, lo cual se traduce en una falta tanto del lado del sujeto como del Otro; y por otro, un resto que es un plus de eso vivo afectado por el este, un plus de goce, que será una y otra vez contorneado por la pulsión, por esa fuerza constante y cuyo solo fin es la satisfacción que se anudará a los bordes erógenos del cuerpo. Resto, a la vez que plus, pues esta operación no es exacta.

Por ello, la angustia también se define: "cuando falta la falta". Cuando el objeto a, en vez de recubrirse con la significación fálica, con ese brillo, aparece en su cara más cercana a lo real, más "palea". Entonces, la mirada, la voz, el seno, las heces, puede desencadenar una angustia que nos impide y afecta nuestro movimiento. En el caso de Juanito se trata de una mancha negra en la boca del caballo, donde encontramos el objeto oral que lleva a enfrentar al sujeto a la angustia como estadio intermedio entre el goce y el deseo. El objeto aparece en su cara plus de gozar, en su exceso, haciendo que falte la falta e introduciendo la dificultad al pasar al campo del deseo.

A Juanito, no le angustia la amenaza de la madre cuando descubre sus tocamientos, tampoco el nacimiento de su hermana es suficiente, se trata más bien de la experiencia de un cuerpo no unificado por la imagen, por lo cual experimenta su órgano, su pene real, como funcionando independientemente de su dominio, no respondiendo a su voluntad. El cuerpo pasa de tener el estatuto unificado que hasta ahora le dio lo imaginario, Juanito vivía en un mundo poblado de objetos cuya forma fálica atravesaba a todos ellos, un cuerpo que jubilosamente el espejo unificaba, y de pronto su experiencia orgásmica en el cuerpo le hace percibir el órgano como algo separado, un pene real que porta pero no le pertenece y cuya detumescencia no le permite mantener el idilio con su madre, y comprobará lo poca cosa que tiene para ofrecerle a su demanda insaciable. Por eso, la devoración, la presencia en su aspecto más real del objeto oral será la espita que desencadene la angustia.

5. ¿QUÉ QUIERE EL OTRO DE MÍ?

Otra de las fórmulas que nos permitirán orientarnos en la clínica para el tratamiento de la angustia, es esta pregunta que Lacan lanza extraída de un texto literario, El diablo enamorado de Cazotte, y que después de lo dicho antes, hay que ponerla en serie con la angustia como vía hacia lo real.

Desde luego, esta pregunta no sería posible sin la percepción de que al Otro le falta, y nosotros podemos venir a obturar esa falta. Además, si esa pregunta es la antesala de la angustia, es porque la respuesta queda suspendida, porque no sabemos que somos para ese Otro. En la clínica, si dejamos que el sujeto hable, veremos

desplegarse esta cuestión. El sujeto que viene ya con una respuesta cerrada a esta pregunta, soy una mierda, soy su salvación, soy su valor máspreciado, no cubrirá con esta construcción la experiencia en el cuerpo de algo que no pasa enteramente por la palabra, de algo no decible, frente a lo que nos enfrentamos.

En el caso de Juanito, el tratamiento de su fobia, y de la angustia que enmarca, pasará por la elaboración de distintos mitos que bordeen, en el sentido más topológico de borde este vacío, este imposible.

6. LA ANGUSTIA, LA FOBIA, DOS FORMAS DE PRESENTIFICAR LO IMPOSIBLE.

EL psicoanálisis, después de Freud, derivó a una concepción del yo, a distintas derivas adaptativas sostenidas en la idea de un yo fuerte, cuya maduración genital será la cura a la que se apunta.

Lacan llegará para restituirle al psicoanálisis la verdad olvidada bajo este manto de la forma imaginaria. Aunque desde el comienzo Lacan considera que los registros en los que nos movemos son Real, Simbólico e Imaginario; siendo cada uno tan importante como el otro, en un primer momento quiere restituir el valor al campo simbólico, a la palabra y la escucha frente a una realidad imaginaria y fantasmática, a la que se intentaba unificar a través del yo.

¿Pero, qué lugar quedaba entonces para lo Real, en este proceso? ¿Dónde quedaba lo vivo del sujeto, si sabemos que el efecto del significante en el cuerpo del viviente es la mortificación? Es en este punto que Lacan aborda la angustia como un afecto que presentificará que cuando de lo Real se trata para el humano, lo simbólico muestra su falla, lo simbólico no puede nombrar lo que al sujeto le acontece.

Esto introduce un disfuncionamiento en la vida, un incurable, algo imposible de adaptar, algo que nunca podrá ser domeñado ni por la vía imaginaria, ni por la simbólica; y mucho menos por la vía de la evaluación, de la contabilidad de la reducción del hombre al mundo imaginario animal. Reducir a los seres parlantes a la forma animal, donde el experimentador cree poder dominar, domeñar y curar lo indomitable, lo incurable, hace que lo incurable se presentifique de la manera más sufriente para el sujeto. Además de considerar que, en su posición extrema, arrebatada a los sujetos su condición de humanos.

Letras

A los diecisiete años

Ángela González

Siendo alumna de enseñanzas medias encontré en el periódico El País tres artículos que trataban sobre la vigencia del psicoanálisis. Estaba en ese momento buscando información para realizar un trabajo escolar y me decidí por un asunto del que no tenía noticia alguna, intrigada por una idea que me atrapó, al afirmar que *“una de las virtudes del psicoanálisis es la imposibilidad de evaluarlo mediante procedimientos científicos convencionales”*. Con las primeras lecturas ya me pareció apasionante la historia del movimiento psicoanalítico, la vida y obra de Sigmund Freud y los efectos de hacer existir el inconsciente y su calado en la cultura. Entusiasmada por el arte y la literatura ya en ese tiempo, bucear en lo que intuía era una disciplina que ofrecía una mirada nueva y alejada del modelo imperante, supuso una estimulante evasión del aburrido transcurrir de mi vida estudiantil.

Estos días he releído este trabajo, que aun obra en mi poder, como un pequeño milagro, guardado en un cajón, silencioso durante décadas. Me sorprende la fresca adolescente y la tierna rotundidad de mis afirmaciones: *“Una disciplina que trata y responde a problemas de hoy con soluciones de hoy...La soledad y el tesón de un hombre (Freud) entregado a un trabajo intenso y constante con un empeño que nunca cejó...Mis últimas palabras en este trabajo acerca del psicoanálisis son de optimismo y alegría: he encontrado a un sabio, a un genio y su sistema. Ideado para ayudar a los demás. He encontrado ¡qué alegría! a un sabio humilde que agradece al resto de psicoanalistas el saber soportar un gran trozo de verdad”*. Mi trabajo se titulaba: “Freud y el psicoanálisis. Un gran trozo de verdad”.

Era estudiante de letras puras, lectora obstinada y apasionada del arte. Al encontrarme con un autor premiado con el Goethe de literatura se despertó mi curiosidad, (después he sabido que, a finales de la década de los noventa del siglo pasado, el escritor Juan José Millás consiguió que la Editorial Siruela publicara los casos clínicos de Freud como relatos, reconociendo su carácter literario). Al sentir que su escritura destilaba verdad por todos sus poros, aquello me cautivó y quedé adolescente rendida a ese autor, después de haberme dejado ya acompañar por las mejores obras de Pearl S. Buck, Ana M. Matute, Benavente, Stendhal, Cela, Goethe, Gide, Dickens, Enid Blyton, Machado, Bécquer, y un montón de lecturas más. Leía aquello que caía en mis manos. También la colección de cien libros de RTV, (que años después heredé) que poblaban la biblioteca familiar y se vendían por entregas al módico precio de veinticinco pesetas. Esos libros hablaban de otros, de lo que les ocurría a otros, sin embargo, encontré en Freud algo nuevo. Freud era otra cosa. Hablaba de mí. Me interpretaba, e interpelaba. Me abría a mi propio mundo.

Coincidió en ese tiempo que mi profesora de literatura del Instituto, a la que admiraba, nos contó una historia sorprendente, la razón por la que ella había dejado de comer lentejas a raíz de contemplar junto a su marido un accidente desde

la terraza de un restaurante en una carretera nacional. Había asociado el horror del impacto a la naturaleza de lo que estaba comiendo. Se daría cuenta mucho tiempo después, y cuando nos lo estaba contando mencionó a Freud. Para qué quería yo más, mi curiosidad aumentaba. Pues había más. Me enamoré de un chico joven y guapísimo, que había leído a los veinte años a ese mismo autor, había estudiado en una carrera su obra y dominaba como un experto ya, a ese señor vienés que tanto me había cautivado. Y ¿qué me regala mi joven novio como primer regalo libresco? Pues *Psicoanálisis del arte*. Leonardo Da Vinci entraba en acción, junto con el poema incomprendido de Goethe.

Tras años de asistir a seminarios y grupos de estudio, y de vivir junto al psicoanalista en que se había convertido ese novio de mi adolescencia, formada ya en clínica infantil a través del encuentro con niños en el ámbito de mi trabajo en campamentos juveniles, me encontré llamando a la puerta de mi primer psicoanalista. Habían pasado muchos años desde mi primer encuentro con el psicoanálisis.

Pasé por un primer análisis que duraría un tiempo largo, y que produjo unos efectos claramente beneficiosos, que me llevaron a comenzar y concluir la carrera de psicología, empezar a atender pacientes y pedir la entrada como miembro de la ELP.

Un tiempo después de finalizado, participé como ponente en unas jornadas sobre *El psicoanálisis a la hora de la guerra*, en Toulouse, con un trabajo relativo al trauma y su deslizamiento a través de las generaciones. Trataba de los efectos que tuvo en mí a lo largo del tiempo un acontecimiento traumático en la vida infantil de mi padre. La invitación de Marie-Hélène Brousse a volver a comunicarlo meses después en las Jornadas de la ECF en París significó recordar la historia familiar, y palpar los efectos en mi vida de insomne lectora.

Una emergencia en lo real del organismo y sus consecuencias en mi subjetividad me empujaron a pedir un segundo análisis para cernir ese real. Dos textos publicados en diferentes momentos, y escritos en diferentes coyunturas, *Una labor de costura* y *Leer con Lacan*, que relacionados con un sueño que pude, por fin, soñar hasta el final, enlazan el primer y el segundo análisis. En ese marco, una interpretación, relativa a un recuerdo infantil en el que mi familia no sabe qué hacer conmigo y sufro un abandono en el recinto escolar tras un acto fallido en cadena, donde se olvidan literalmente de mí, escucho al analista algo que opera un giro espectacular en mi subjetividad, algo relativo a "*usted sabe cómo ocuparse de usted*". No ir al colegio a la vez que los otros niños y no salir al mismo tiempo que ellos, debido a las condiciones laborales y vitales de mi familia, fue algo omnipresente en mi vida hasta los nueve años y ha determinado mis elecciones vitales. Eso, y una especial sintomatología rebelde, amante de la verdad y la justicia.

Lo demás, a día de hoy, no es sino consecuencia de este feliz encuentro con la escritura de Sigmund Freud, pero también con la lectura de mi propio inconsciente, y la soberbia lección que encuentro cada vez que leo a Jacques Lacan y lo entiendo

con Jacques Alain Miller y con Éric Laurent. He podido antes de ejercer yo misma mi profesión actual de psicoanalista, saber que las personas que se dedican al psicoanálisis hacen un bien subjetivo indescriptible.

BIBLIOGRAFÍA

- BROUSSE, M-H., *El psicoanálisis a la hora de la guerra*, Tres Haces, Buenos Aires, 2015.
- GONZÁLEZ DELGADO, A., "La guerra de España: el exilio interior", (pp., 41-48), en BROUSSE, M-H., *El psicoanálisis a la hora de la guerra*, Tres Haces, Buenos Aires, 2015.
- GONZÁLEZ DELGADO, A., "Leer con Lacan", (pp., 21-22), en *Análisis. Rev. de Psicoanálisis y Cultura de CyL*, núm. 22-23, ELP, Palencia, 2011.
- GONZÁLEZ DELGADO, A., "Calígrafos y tipógrafos. Una labor de costura", (pp., 37-40), en *Análisis. Rev. de Psicoanálisis y Cultura de CyL*, ELP, núm. 25, Palencia, 2012.

Poemas para Análisis 38

SERGIO GARCÍA ZAMORA

Estos poemas pertenecen a su libro *Informe del alucinado* (Premio Nicolás del Hierro, Ayuntamiento de Piedrabuena, 2022).

EL ALUCINADO

Madre, voy a enloquecer, pero regreso. ¿Qué te preocupa más: cuánto demoro en enloquecer o cuánto demoro en regresar de la locura? El viaje es en tren, en avión, en barco; tren y avión y barco dentro de mí, astronave y submarino dentro de mí. El viaje sucede dentro de mí mientras pedaleo mi bicicleta de cartero por el pueblo. Pasaré por las estaciones y los puertos a recoger al muchacho loco de cada pueblo. Sus madres me los encargarán como a niños. Que no les pase nada, me piden, que no vuelvan lúcidos. Y entiendo a las madres como a mi madre, porque de tanto cuidar la locura de sus hijos, no sabrían ya cuidar de la cordura de sus hijos. Los veo subir y sonreírme. Se levantan el sombrero como se levantan la tapa de los sesos. Debajo del sombrero es primavera, algunos lucen un nido con pichones; otros, mariposas y manzanas. Nunca hay dos locos iguales, aunque sean la locura. Suben mis compañeros de viaje con sus maletas. En la maleta llevan dos camisetas de fuerza para cambiarse si se manchan con el café envenenado. Jugaremos a la guerra como los soldados juegan a estar locos. Todos los días vencemos en el frente, pero no se anuncia en los periódicos. Todos los días sobrevivimos a nosotros. Madre, voy a enloquecer, pero regreso. No te preocupes, madre mía, que soy el capitán de este regimiento.

MUSEO

No hay lágrimas, sino fotos. La gente posa más que los antiguos modelos de estos mármoles y lienzos. Quieren el recuerdo que no serán al lado de lo memorable. Yo disfruto como el guarda al reprenderlos, como el guarda que los obliga a guardar la cámara y su relámpago.

Ahora pasa una maestra con su rebaño de escolares, y otro profesor al final como un perro ovejero; pasa un especialista en Goya o Velázquez que sopla la flauta de sus saberes para los ojillos brillantes de estudiosas ratas; pasan los turistas temerosos de perderse como vacas que salieron de un cine y entraron al museo, se ayudan y se esperan, porque para los turistas un museo no es más que un laberinto decorado; pasan los amantes que saltan dentro de los cuadros o bajo la piel de las estatuas. Todo es tránsito y fijeza: lo mismo. Tránsito de ayer, de hoy y de mañana; fijeza de siempre. Tránsito que quiere llevarse consigo la belleza; fijeza que se detiene para poseerla. Todo es un simple respirar ante lo eterno, pero también lo eterno respira. Todo es una brizna bajo el gran incendio, un pétalo en el vendaval, una musiquilla en el abismo, una transparencia que se alza entre nosotros.

Por eso no entiendo al hombre sin llanto en el museo, no entiendo ese horror civilizado que es lo inconmovible, ese preocuparse moderno por ser menos ignorante que indolente. Yo no vengo a visitar un edificio, yo vengo a verte, retrato de muchacha, esa brizna en tu frente, ese pétalo caído en tu labio, esa música que te nimba, ese vacío de ti hacia mí y de mí hacia dentro de mí, donde soy un museo de un solitario visitante, un museo donde lloro, mientras el guarda se me acerca y pregunta: Señor, ¿se encuentra bien? Y yo respondo que sí con la cabeza como los niños que aprenden del dolor.

HOTEL

Hay un hotel multiplicado por cada hombre y cada mujer, incluso por cada mascota. Un hotel que es el mismo, aunque cambie el edificio y la gerencia, aunque sean otros los empleados, de modo que uno puede decir: «ya estuve aquí», aunque nunca haya estado. Es un misterio la estancia. O mejor: todos pasamos por el mismo hotel, el único. Todos los cuartos se abren a sus cuartos, todas las campanillas y timbres resuenan en su lobby, todas las sábanas y cortinas son nuestras sábanas y cortinas, todas las puertas y escaleras están tras estas puertas y bajo estas escaleras, un milagro, un milagro tan natural que no pide explicación, sino ser exaltado.

Hay un hotel que es ninguno. ¿A qué chico buscamos en sus mozos? ¿A qué chica en sus mucamas? En el restaurante hay un gran espejo donde cenan los muertos. El maître ha venido a saludarnos. Somos los huéspedes de un día y una noche, porque todo el tiempo es también el mismo día y la misma noche. A ti que arribas debes saber que el hotel es pródigo en fiestas y crímenes; que cruzan un mismo pasillo amantes y asesinos; que hay espías y recién casados espiados; que hay extranjeros de sí mismos; pobres que comparten habitación y ricos que pagan una suite doble para ellos y sus sombras; que lo mejor es cargar nosotros mismos el equipaje porque un día seremos el equipaje, y aun así dejar propina; que el desayuno se sirve temprano como en la casa de nuestros padres.

Hay un hotel, un solo hotel. El portero ríe, sin saber que apenas llegues van a darte mi mensaje. Nadie sabe si vas a encerrarte o bajarás a echar una partida.

EL INQUILINO

Toda la noche un balanceo. Dios en el sillón de las constelaciones, estrellas como avellanas crujen bajo el arco, se hacen polvo, qué almendra la luz de estrellas muertas, qué almendra amarga para la boca dulce de Dios y de la amada.

Toda la noche un balanceo. La Vía Láctea acuna sus planetas, se duerme cargada de hijos, cantan las lunas, oyen los muertos la música de las esferas, se arrullan los cuerpos en sus órbitas, pero el sol no parpadea ni contando planetas.

Toda la noche un balanceo. El tiempo, debe ser el tiempo, su péndulo universal, su rueda de piedra, su rueda de molino que mueve y remueve el mismo, su noria sonora y eterna.

Toda la noche un balanceo. El insomne interroga al vaivén de la memoria como a un bote que golpea ola tras ola el muelle, atado como el caballo a un poste de sombra. Es eso: el balancín de la infancia, caballito de madera, hecho de un bote roto, de un remo quebrado contra la espalda de la muerte.

Toda la noche un balanceo en el piso de arriba. Pero de pronto silencio. Quedó una quebradura en el aire, sin ritmo ni palabra. Un silencio de estrella fija que se devora a sí misma, que se suplanta a sí misma en su fijeza. Un silencio como la extinción del universo, un silencio fuera del tiempo, un silencio hecho hombre, no sobre la faz de las aguas, sino en la orilla. Un silencio que no me deja dormir, dormir, dormir. Ni a los otros los deja despertar.

De las primeras sesiones

Fernando Martín Aduriz

Encuentro muy interesante hablar de la entrada en análisis diferenciado de la psicoterapia psicoanalítica. Y es bueno transmitir a los jóvenes el entorno de esa entrada en análisis. Primero, entonces, las primeras entrevistas preliminares.

Relataré para la Revista Análisis las dos primeras sesiones de mis dos análisis. Aunque casi estoy más pensando en la primera sesión de mi tercer y último análisis que emprenderé en el momento de mi vejez con el más joven de los psicoanalistas que se preste, el muy incauto.

Al primer análisis acudí como un jovencísimo de veinticuatro años, que incauto de él no sabía lo que acababa de decidir semanas antes. Nada más y nada menos que abandonar una plaza de funcionario en el ministerio de educación y ciencia sacada en una oposición libre y que le había otorgado un trabajo, un reconocimiento de pares, unas posibilidades de desarrollo profesional, un cobijo en los laberintos de la administración pública, un resguardo en los brazos de papá estado, una cercanía a lo que conocía desde su adolescencia de monitor de campamentos, niños y educación, niños y activismo en la naturaleza. Ahora llevaba dos días en que había pedido una excedencia y no había acudido a su primer día de trabajo tras las vacaciones de navidad.

Además, y para más inri, llevaba un mes justo casado. Un mes.

Pero lo esencial es que no acudía al psicoanalista con un cuadro de síntomas, no había malestares, tan sólo aguijoneado del deseo de seguir una formación. Ya había estudiado dos carreras, era profesor de EGB, y pedagogo.

Un amigo le había dicho que convenía formarse. La transferencia era eso: un amigo había hablado en su análisis de un chico pedagogo que estudiaba con él psicoanálisis y que ya veía niños en su reciente gabinete, y el psicoanalista, estoy suponiendo, le habría dicho pues que se forme en psicoanálisis. Y como la consulta era entre semana, la excedencia y el abandono era lo suyo. Había que abandonar algo, había que perder algo, si se quería iniciar un camino diferente. Hoy parece inverosímil que alguien abandone su lugar de funcionario a los veinticuatro años, al mes de casarse, y después de aprobar una dura oposición. Tuvo que pasar mucho tiempo antes de comprender la verdadera razón de tal paso, de tal salto arriesgado en el vacío, pero hoy no toca.

Hoy se trata de ver qué sucede en esa primera sesión. Primero la elección del analista. Fue el amigo quien lo eligió por mí, y quien me proporcionó día y hora. Fuimos con un tercer amigo juntos a Madrid, en un viaje que haríamos juntos unos cuantos años. Al llegar a Madrid me dijo a la *antigua usanza pre-gps*: "tira la segunda a la derecha y tres o cuatro calles más al fondo, calle x, número x, tal piso".

La psicoanalista no era de mi país. Era muy silenciosa, muy educada y un pelín pendiente del encuadre. Comprobaría después que hacía un uso exquisito del lenguaje, muy conciso y puntual.

Me dejó hablar cara a cara de lo esencial de mi demanda, que no era otra que formarme. Pedía que me dieran forma, en el sentido clásico de la palabra

formación, que Miller muestra muy bien en una conferencia a la que asistí hace muchos años en Valencia, "El desbroce de la formación del analista", ya publicada y de mucho interés para los jóvenes psicoanalistas. Creo que, solicitando formación, un psicoanálisis didáctico, más allá de cambiar de profesión, y en medio de los estudios de la tercera carrera, psicología, trataba de evitar pasar por una cura. Para mi sorpresa tras esa primera sesión cara a cara de casi una hora de duración me convocó para la siguiente semana, y en esa segunda sesión me invitó desde el primer momento a ir al diván. Los honorarios desorbitados no me importaron, aunque se llevaban buena parte de mi pecunio, pronto comprobé que el dinero destinado a la formación psicoanalítica era el dinero mejor empleado. Porque no era formación, era cambiar paso a paso la vida, el modo de vida, el estilo de vida, la apertura a un mundo ignoto hasta entonces para mí. Un viaje a Ítaca. Los viajes se terminan. El problema es cuando te vuelves a casa antes de haber llegado a Ítaca.

El segundo analista fue elegido por un significante peculiar, la identificación a la función garante del Otro, el dos del uno. Un colega me señaló ese rasgo. En la Habana otro colega me preguntó muy educadamente que con quién me había formado. Otra vez, el significante formación. Y el tono de su pregunta llevaba implícito un reproche, una carencia en mi formación. Coincidió conmigo en esa idea que ya venía acariciando: la formación del joven psicoanalista que había sido necesitaba una vuelta de tuerca, pues los frutos de mi primer análisis habían permitido un notable desempeño profesional, un entusiasmo por la vida, pero una ristra de desencuentros y un exceso de suficiencia. De modo que a la vuelta de La Habana lo primero que hice fue escribir a París y pedirle una entrevista. Aproveché que Judith Miller quería conocerme y me había dado una cita en su casa para preguntarme por mi viaje a La Habana, e hice coincidir las fechas.

La primera entrevista consistió en varias micro sesiones de muy pocos minutos. Se sucedieron a la velocidad del rayo en tres días que concluyeron con un único pago, en la moneda de su país. Me facilitó poder acudir a la entrevista con la hija de Lacan, se interesó por mi teoría acerca de Newton y su fórmula que condensaban las tres siglas de mi nombre y apellidos, y por lo esencial de mi demanda, por qué ir a París, por qué no acudir con alguien en España, por qué un segundo análisis. Desde el primer instante capté la lógica de la sesión breve. Se trataba de impedir mi dominio de la situación, quitarme el poder de hablar mucho y bien, y dirigirme a lo real, lo que tanta verborrea trataba de eludir, y la espera de una conversación, de una palabra. No había el silencio de mi análisis anterior, no daba tiempo, era la ruptura abrupta, la devolución fría a Saint-Honoré. Y poco a poco fue apareciendo una lógica del uso del lapso.

Pero ya esas primeras sesiones de uno y otro análisis iban a demostrar que la entrada en análisis es solidaria de su salida. En uno el subidón narcisista, la amplificación significativa, el camino a la soledad y la autorización; en el otro la bajada de humos, la reducción significativa al máximo, el lazo social, el estudio y la escritura y el camino a la experiencia del pase.

Ese secretísimo silencio

Enrique Gómez Crespo

Este texto es parte de una charla que se impartió en el Ateneo de Palencia el 23 de mayo de 2023.

Unos breves antecedentes. Decía el gran Giovanni Papini en su absolutamente recomendable *Un uomo finito* (1920), que le salvó de esa soledad sin luz, la obsesión de saber y que, una vez conquistado el misterio del silabario, en las lejanas y friolentas veladas de invierno, bajo la luz del petróleo, no sentía mayor placer ni consuelo más seguro que leer aquellos libros olvidados. Nosotros sin saberlo, estábamos buscando también estos libros olvidados de Papini y una noche, cenando tras un acto del Ateneo de Palencia con el escritor burgalés Oscar Esquivias, Premio Castilla y León de las Letras, nos pusimos a hablar de libros, de autores que nos parecían muy buenos y cuando llevábamos un rato, caímos en la cuenta de que muchos de ellos eran escritores y libros muy poco conocidos. Oscar Esquivias reconoció su escasa visibilidad y entonces se nos ocurrió que eran libros hasta cierto punto silenciosos, surgió el significante “silenciosos”, y la idea de que quizás deberíamos ponernos a disposición de este silencio y de estos libros. Así surgió este ciclo “Los libros silenciosos del Ateneo”, un encuentro que parte siempre de la propuesta de un socio cualquiera que quiere, que tiene el deseo de presentarnos libros y autores no muy conocidos y muy buenos a criterio de quien presenta por supuesto. Diríamos que son libros imprescindibles y ya sabemos que hay que andarse con cierto cuidado con lo imprescindible, con lo que no puede faltar y su angustia.

Como pueden imaginarse, los hay más y menos silenciosos. Del que voy a tratar hoy, creo que es escasamente silencioso, por desconocido me refiero, aunque su autor sí lo es, amante del silencio aunque reconocido. Un autor, que ahora veremos, sospecho, no aparece en revistas del estilo literarias como “Qué leer”, o programas televisivos como “Página dos” ó “Un país para leerlo”. En fin, algunos de sus libros, de enorme calidad todos, en vez de silenciosos parecen más bien, como decía Papini, olvidados, libros olvidados, que, si lo pensamos un poco, es otra forma de silencio, el olvido quiero decir. Sería el silencio del olvido, uno de los tantos silencios que existen, aunque como nos dijo Antonio Gamoneda este año en mayo, nunca tendremos el olvido que queremos.

Y como el ciclo va sobre libros silenciosos y en concreto yo llevo ya bastante tiempo interesado en el tema, me pareció que no era una mala decisión presentar ante ustedes hoy un libro excelente que trata precisamente sobre el silencio. Más en una época donde el silencio está proscrito, una época tan hiperconectada y ruidosa como la nuestra. El silencio parece que poco tiene que ver con el 24/7, lo hiper, la multitarea o el non stop. Más bien lo contrario, el silencio puede verse en este

sentido como una pausa, un descanso si lo prefieren, un tiempo de espera, un tiempo regalado que diría Andrea Köhler.

No se pueden imaginar, o igual sí, la cantidad que palabras, de ideas y pensamientos, la cantidad de matices y distintas miradas a las que, paradójicamente, puede dar lugar el silencio, o, mejor dicho, los silencios, porque no hay uno solo, sino muchos y con muy distintas funciones, texturas, significados y usos, distintas profundidades y hasta distintos sabores. Uno de los autores que también han pensado y estudiado el silencio, Alain Corbin, habla de que los hombres del XVIII, tras el surgimiento del alma sensible en ese siglo, e inspirados por el código de lo sublime, como Longino, sabían apreciar los mil silencios del desierto y sabían escuchar los de la montaña, los del mar y los del campo.

Un tema fascinante, este del silencio, casi en el límite de lo que puede ser pensado, de lo que puede ser accesible mediante la razón y el lenguaje cotidiano de la comunicación. Ambos, razón y lenguaje, siempre llegan un poco tarde a todo, porque el silencio, como la soledad y como todo lo que se piensa, nunca se atrapa del todo, nunca se da en el clavo con las palabras como sabía Novalis, nunca cerramos el círculo y podemos decir con seguridad, ya está, lo conseguimos, hemos concluido. Probablemente si el lenguaje fuese lógico, que no lo es, al menos del todo, no se debería hablar sin más del silencio, sino más bien de una inclinación a él o desviación. Es esta una idea que merece la pena valorar cuando abordamos estos misterios a los que se arrima mejor siempre el lenguaje poético, como aseguraba Goethe y recordaba Heidegger. Parece cierto, que para todo lo que pretendamos atrapar, por mucho que lo intentemos, habrá que atravesar, consentir siempre con una cierta imposibilidad. Lo digo también para los expertos y gurús del éxito actual que creen que con unas recetas y entrenamiento todo se puede conseguir, hasta la inmortalidad. También para el silencio o la soledad, está su imposibilidad. Atravesar su imposibilidad dice Pablo D'Ors. Y desde luego imposible también es definirlo con precisión, como el amor, no hay manera de dejar aquilatado el concepto. Porque el silencio no es simplemente la ausencia de ruidos o palabras, esto lo aseguran todos los autores que han trabajado sobre el tema; en esto parece haber cierto acuerdo. Es más, un estado del alma; el que está en silencio está a la escucha del mundo. Incluso aseguran que los primeros solitarios del desierto, no eran del todo solitarios ni alcanzaban el silencio buscado, porque en el fondo, en la más absoluta soledad y silencio, pretendían estar unidos a algo, desconocido y trascendente que les hablaba. Ya comenzamos a vislumbrar algunos de los territorios del silencio, lo que no se conoce y a la vez, nos trasciende sin evidencia alguna, algo indefinido, intangible y hasta sagrado que se siente en el alma. Quizás debamos conformarnos con conseguir el silencio a medias, nunca del todo, ser modestos, porque el silencio absoluto, sería más bien el silencio de la muerte o el del firmamento como asegura Giovanni Pozzi en su magnífico *Tacet. Un ensayo sobre el silencio*. Lean este nada extenso y maravilloso libro, porque con él aprendemos que el silencio es a la vez lo opuesto a la palabra y la condiciendo de esta.

Existe una pequeña y hermosa historia árabe que nos enseña hasta qué punto solo a través de la magia de las palabras, de los cuentos fantásticos y del poder de la

poesía es posible ofrecer un camino, vamos a expresarlo así, ofrecer un camino a la experiencia del silencio y a su imposibilidad, a sus enmarañadas extrañezas. Cuenta que los primeros solitarios del desierto sentían cierto miedo ante el estremecedor gemido del viento en los atardeceres. Un sonido sobrecogedor que les hacía sentirse en el más inquietante silencio, un sonido que provocaba que resonara aún más el silencio, casi un bautismo de soledad a lo Paul Bowles, un silencio al que tuvieron que humanizar inventando. Según esa leyenda, el gemido del viento, eso que les atemorizaba, era el propio desierto que lloraba a la puesta del sol porque habría querido ser pradera. Solo así, de esta manera, es posible acercarse a estos estados probablemente alterados de conciencia, de la mano de los poetas y los genios que saben y salen de lámparas maravillosas.

Pero hay varios riesgos. Uno de ellos tiene relación con la manera de abordarlo, con el estilo me refiero. Es muy difícil hablar del silencio sin caer en la pedantería, en el exceso de sensibilidad y en la molesta afectación. Creo que el autor que hoy traemos aquí lo ha conseguido. Hablar de algo tan intangible, tan abstracto, tan al límite y tan poético con ese grado de, a la vez seriedad y humildad ante lo casi indecible, ante lo que no puede conocerse y no es nada sencillo hacerlo.

1. El texto es de un autor muy conocido, aunque no creo que por el gran público. Premio Nacional de Ensayo en el 2021, publicado casi siempre por la extraordinaria editorial Acanalado y cuyos libros son todos, absolutamente todos recomendables. Ramón Andrés, un sabio, músico, escritor y poeta. Como poeta no me gusta especialmente, pero es en sus ensayos, donde para mí hace su mejor poesía, empezando por los títulos y las portadas. Especialmente en este libro que les presento y que se titula, atención a los títulos siempre de Ramón Andrés, *“No sufrir compañía. Escritos místicos sobre el silencio. Siglos XVI y XVII”*. Publicado por primera vez en 2010 y que ya lleva creo que cinco ediciones. Todo el libro es muy muy bueno, pero recomiendo especialmente no dejar de leer su texto, vamos a decir introductorio titulado, *De los modos de decir en silencio*. Ruego prestar atención a este “EN SILENCIO”, no “EL SILENCIO”, que también podría haber sido. El silencio entonces es también una forma de decir, de comunicar algo, puede incluso llegar a ser elocuente y además asegura, que hay distintas formas.

Una nota un poco tonta sobre hasta dónde puede llegar la elocuencia del silencio, hasta qué punto se puede llegar a escuchar. Hace pocos meses en el inicio del partido de Champions entre el PSG y el Bayern de Múnich, se guardó un minuto de silencio por las víctimas de los terremotos en Turquía y Siria. Pues bien, los organizadores, en esta ocasión, tuvieron la muy feliz idea de dejar en paz al silencio, no se asustaron, y no lo acompañaron con música, ni siquiera con el omnipresente adagio for strings de Samuel Barber, que es muy típico en estas situaciones. Mi hijo, a los pocos segundos de comenzar el minuto, me preguntó si se había “ido el volumen”, la voz de la tele (como dice Le Breton, la avería como única posibilidad actual de silencio), porque era un silencio perfecto, tan perfecto, tan impresionante, que parecía

imposible que no se oyera nada, ni una tos, ni un ligero murmullo, nada, un silencio como el de los polos, el silencio más silencio según Jack London. Pues les aseguro, que ese minuto al inicio de ese partido de fútbol, con 48.000 personas llenando las gradas, fue lo que más se oyó y después del partido fue de lo más comentado por todo el mundo.

En fin, volviendo al texto que nos ocupa, para mí, de todo lo leído hasta el momento sobre el silencio, este texto de Ramón Andrés es lo más lúcido y poético que he podido encontrar. Un imprescindible por lo que dice y sobre todo por cómo lo dice. Por su belleza, si me permiten la pedantería que a menudo queremos evitar, y por las sutilezas de su pensamiento. Un texto sobre, eso sí, un tipo de silencio muy especial, el silencio en los místicos españoles de los siglos XVI y XVII, aunque muchos de los aspectos que menciona también son tratados por otros autores, que también exploran el mundo de los silencios.

Comienza diciendo algo excelente: que *hay un silencio que procede del desacuerdo con el mundo y otro silencio que es el mundo mismo*, y lo más importante, *dice, que ambos silencios nos sirven para separarnos de lo que somos*. El silencio, la no presencia del lenguaje, deja la identidad en vilo, (algo que ahora parece tener enorme importancia, las identidades de todo tipo, todo el mundo a la pesca de una identidad singular no impuesta, sin el Otro). Parece entonces el silencio algo hasta peligroso ahora, ya que pone de manifiesto nuestro frágil sentido de la unidad, del Yo seguro de que soy Yo. Esto es interesantísimo y puede explicar en parte por qué del rechazo al silencio en estos tiempos del Yo soberano, como lo denomina Elisabeth Roudinesco. Escribe Andrés, "estar solo, callado, facilita caer en la cuenta de que uno es ante todo y muy íntimamente, la relación con lo que ignora, un susto, sentir en la propia vida un exterior no tan ajeno. Es decir, el silencio nos puede poner en contacto con lo desconocido que nos habita, con lo enigmático, con lo que a nadie le ha sido dado relatar ni cifrar, lo oculto, lo más secreto, los aspectos menos analizables ni materializables de la vida humana, quizás la extimidad de la que hablaba Lacan. Lo cerrado al parecer, solo se roza con la delicadeza del silencio, esa es la única herramienta (ya sabéis que como decía Luis Landero, a veces nos faltan las herramientas o no las hemos traído o nos hemos equivocado al elegir las para la tarea). La voz que llamamos propia, alberga en cambio sin saberlo desconocimiento de uno mismo; la voz es solo una promesa, dice, y el silencio una consumación. Es un poco lo del gran poeta Joan Brossa, que decía en su poema *Fin de ciclo*, que el silencio es el original y las palabras son la copia.

Muy relacionado con estas ideas, aseguro, ya lo hemos mencionado, que el silencio no es solamente una pausa en el habla o ausencia de ruido, como en el estadio de fútbol, sino sobre todo un estado mental. Estar sosegado en lo limitado es tarea del silencio, sembrar vacíos en la realidad, cifrar lo intangible que nos alberga. Es el leguaje a punto de intervenir que aún tiembla, y esto es precioso, una espera en el nombrar, a salvo de lo que siempre pretendemos identificable; y dice, buscar su utilidad es desnaturalizarlo, porque no es productivo, no es cuantificable, es una

maquina detenida, es el lenguaje, como diría el filósofo de moda coreano Byung-Chul Han, en modo contemplación y no en modo trabajo, es el del lenguaje de la poesía, porque según este autor, solo el silencio nos vuelve capaces de decir algo inaudito. La obligación de comunicar, por el contrario, nos conduce a la repetición de lo igual y lo degrada, es la palabra vacía frente la plena, según términos de Lacan en su *Informe de Roma*.

Y me interesa mucho y con esto casi termino con este texto interminable, de interminables lecturas y resonancias me refiero, con la idea de Ramón Andrés, que no la había encontrado en ningún autor, y que tiene que ver con el deseo como ruido. Asegura Andrés que el silencio debe actuar como contrapeso del ruido generado por el deseo. Es como si el silencio surgiera en la ausencia de deseo, lo que haría quizás del silencio algo no muy deseable. Ahora que se dice esto de que se cumplan siempre todos tus deseos, o tus sueños, muy yankee por cierto, Andrés recoge una idea del deseo como algo más desasosegante, porque el deseo puede ser algo que asuste y hasta angustie, un ruido entonces más que una paz interior. El silencio entonces como antídoto, como defensa, como protección contra el deseo, contra el ruido del deseo, por lo que yo he podido entender.

En definitiva, como se puede ver, un texto original, profundo, poderoso, poético, inteligente, de un silencio concreto, el silencio místico, interior, con sus bienes y provechos que diría Alonso Rodríguez, un autor del siglo XVI que se trata en el libro. Está hablando por tanto de las virtudes del silencio, de su poder digamos curativo, lenitivo, como decía Kierkegaard, *"de profesar la medicina remediaría los males del mundo creando silencio para el hombre"*. Del silencio que nos aleja del kakon, del mal que hay en todo lo humano, de la a veces insoportable compañía de nuestros semejantes, silencio como pequeña fuga del mundo, una celda de silencio en definitiva, algo que no se puede comprar en farmacias y nos aproxima a significantes como la purificación, la virtud, la sabiduría, la iluminación, el luminoso vacío dice Andrés, la plenitud, la calma, el empuje al conocimiento de lo incognoscible (algo imposible, un esfuerzo inútil como el de la poesía) y como no mencionarlo en la mística, un silencio, aunque parezca extraño, como aniquilación del alma y abismo, desaparición de sí u olvido de sí, como prefiramos, idea esta clave de toda la mística occidental.

Termino con esta rápida lectura. Ramón Andrés incluso se atreve a decirnos, de todos los silencios, cual es para él el verdadero. Dice: *el verdadero silencio está en la intuición de un más allá del lenguaje y en los dominios donde el ego pierde cimiento. Carecer de voz, no ser nada, no desear (nihil volo), sentir el mundo como insatisfacción, insuficiencia, simple tránsito, concebir la vida y el devenir cotidiano como precariedad, como algo imposible de colmar. Responder con la lógica de la palabra a la Nada que nos constituye, al vacío, resulta uno de los extravíos de nuestra cultura*. Ahí lo dejo. Bueno, y no quiero olvidar citar la magnífica bibliografía que hay al final de este texto.

Bibliografía

- ANDRÉS, R., *No sufrir compañía. Escritos místicos sobre el silencio*. Acantilado, 2010.
- BROSSA, J., *La piedra abierta. Antología poética*. Galaxia Gutenberg, 2003.
- BYUNG-CHUL HAN. *Vida contemplativa. Elogio de la inactividad*. Taurus, 2023.
- CORBIN, A., *Historia del silencio. Del Renacimiento a nuestros días*. Acantilado, 2019.
- KÖHLER, A., *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*. Libros del Asteroide, 2018.
- PAPINI, G., *Un hombre acabado*. Cálamo, 2014.
- POZZI, G., *Tacet. Un ensayo sobre el silencio*. Siruela, 2018.
- ROUDINESCO, É., *El yo soberano. Ensayo sobre las derivas identitarias*. Debate, 2023.

Mi primera no-sesión

Santiago Fernández Martínez

Debería tomar la decisión de una vez. Conozco el psicoanálisis, lo he estudiado, lo recomiendo a familiares y amigos. Reconozco sus logros, sus aportaciones a la salud, no temo la subversión de mi sujeto (que podría incluso ser excitante). Me sentaría bien. Conozco la jerigonza, esas cosas de “toda interpretación fuera del diván es una agresión”, “¡menuda fallido!”, “mi interpretación de un sueño es nuevo material de análisis para mi terapeuta”, “este niño está con un edipazo tremendo”. Conozco a Freud y sería la oportunidad de entender al extraterrestre de Lacan; sé que el inconsciente no olvida nada y que los sueños lo devuelven todo, pero el Sujeto A o la “forclusión del nombre del padre” son píldoras de intelectualidad nada despreciables. Debería pensar en llamar ya. Me lo imagino: la cita, dormir inquieto la noche antes, llegar con tiempo, el diván, decirle a alguien lo que me dé la gana y que ahí se las arregle con mi miseria cotidiana. Si no llamo ¿qué porvenir le queda a esta ilusión mía? Y luego están los pequeños placeres añadidos: guardarlo en secreto, contarlo a unos pocos, dejar que otros lo sospechen, usarlo para cerrar una conversación con contundencia, para empezar otra ante un silencio tenso, volverse interesante para las mujeres, incisivo entre los contertulios, descuidado para lo cotidiano, inquietante para tus enemigos. Qué mundo de nuevos placeres y todo detrás de una primera obsesión. ¡He dicho obsesión!, quería decir... Pero qué veo, ¿te ablandas? ¡Vamos, un poco de aplomo y de sentido común! ¿Es que nadie te enseñó a tener un poco de amor propio? ¡Ni que estuvieras tan mal! ¿Y de verdad te vas a gastar tu dinero en cosas que no tienen remedio? ¿Es que no te enseñaron en casa lo que cuesta ganar un sueldo como para despilfarrarlo en lujos burgueses? ¡Ahorra! Que el análisis puede ser interminable e interminable es demasiada vida. Apenas sé a quién escucho mientras pienso, quién me cose a preguntas sin respuestas desde las profundidades de mi alma, y eso que aún no debo encontrarme siquiera a las puertas del maldito lingüístico inconsciente. ¿Cuándo van a aparecer la neurosis y las perversiones, cuándo la ansiedad y la angustia?: ¡Significantes, Dios mío, ¡dame más significantes! No creo que necesite psicoanalizarme y mucho menos una primera cita. No es para mí, no es mi mundo, no tengo tiempo, no debo revolver los lodos que tanto costó que reposasen en el fondo. No me haría bien. No le tengo miedo. No lo estaría haciendo por mí sino por Otro, claro. No tengo que dar explicaciones. No me aguanto, no me comprendo, no me acepto, no quiero nada, no fui capaz de entender a mi padre... Debería pedir cita para una primera sesión. Yo no estoy loco, mi cabeza funciona bien, bueno normal, y a esta edad, pues todos vamos perdiendo y no se puede querer estar ya a pleno rendimiento. Ramón es casi de mi edad, se psicoanaliza y tiene buena cara. No es envidia; la envidia no es querer la cara de Ramón (que es un tipo guapo), envidia sería no querer ver que Ramón tenga la cara que tiene y yo... que sí y que no y vuelta con mis contradicciones y Ramón que tenga la cara que quiera que no creo que tampoco se le haya puesto así de echarse en un diván. No estoy loco, pero debería tener una etiqueta, me quedaría más tranquilo: después de realizar

pruebas al corazón durante dos años el cardiólogo me dijo que no era nada, que me cuidase y no hiciese muchos esfuerzos, pero sobre todo me dijo que tenía "corazón de atleta" y entonces sí que me quedé tranquilo. Era de una categoría, no era un bicho raro: catalogado quiere decir "con remedio". Yo me hablo y me contesto, pero no creo que tenga un síndrome de doble personalidad. Limpio la boca de mi botella de cerveza con esmero sonoro, pero no creo que eso me convierta en un obsesivo. Cierro la puerta del baño con cerrojo, aunque vivo solo, la de casa con 3 vueltas, aunque solo baje a por el pan: ¿tendré algún tipo de fobia? ¿Es de paranoico que la vecina de arriba tienda siempre su ropa sin centrifugar el mismo día que tiendo yo? Yo creo que lo mío sería algo más sutil, un loco sin estar loco, un loco que no lo parece, un loco anónimo, pero no puedo entrar en la consulta mendigando un diagnóstico de psicótico ordinario porque si lo reconoces no te lo dan ¡ya ves! ¿Qué habría dicho Linneo si le hubiesen querido ayudar las plantas? Tienes que sentarte ante un terapeuta que por sí mismo te clasificará y después de semanas, si has elegido a un tipo leído y con talento, puede que te compare con Macbeth, con Don Juan, con El enfermo imaginario, con El jorobado de Notre Dame, pero de aquellos, ellos o ellas, hay muy pocos: seguramente quien tiene un analista así no le pasa la dirección a cualquiera. Yo podría llegar a ser El lobo estepario: ¿tendré delirios de grandeza? No lo creo, yo siempre pensé como el poeta:

*Otros querrán mausoleos
donde cuelguen los trofeos,
donde nadie ha de llorar,
y yo no los quiero, no
(que lo digo en un cantar)
porque yo
morir quiero en el viento
como la gente del mar
en el mar.*

Me escondo y no engaño a nadie. Sí que querría ser grande. Grande, con ese poder fáustico del que querría conocerlo todo, el mundo todo y el yo mismo todo. Lo que pasa es que Mefistófeles está desbordado y yo me escudo en razones para no arreglarme conmigo. Sí. Sé que debería pedir hora para mi primera sesión, lo sé, aunque al final no lo hago nunca y me marchó a ver el mar.

Anorexia Mental

Juan Conde González

Siempre me resulta curioso ver las diferentes casuísticas en la demanda inicial de los analizantes.

Están los que sufren una pérdida vital de algún familiar o amigo que se topan con el miedo de lo real y no saben qué hacer con esa angustia.

Están los que pierden un gran amor en su vida y admiten la desorientación de sus puntos cardinales.

Por otro lado, hay pacientes que vienen con una sintomatología muy florida ya sea del lado histérico o bien del lado más neurótico.

Nuestra labor debe ser la de fijarnos en los pequeños detalles, esos que diferencian si la demanda del analizante es genuina o está simplemente impostada.

Recuerdo especialmente un caso que se postulaba como una demanda implacable pero que pasados los días se iba diluyendo en la consecuyente eterna postergación, en el sentido, de que el analizante cada vez iba distanciado más las sesiones.

Cuando lo pudimos comentar en consulta, el paciente me comentaba que cada sesión se le iba haciendo cada vez más dolorosa, a lo cual yo siempre respondía que eso era buena señal, que estábamos marchando por buen camino.

La paradoja se formó en este caso tan particular porque la persona sufría de una anorexia nerviosa (o al menos ese era el diagnóstico oficial en nuestro sistema sanitario público) y a la vez que iba disminuyendo la ingesta de alimentos también se iban disipando sus ganas de venir a analizarse.

Algún detalle percibido resonaba en mi persona con este analizante y me descubrí a mí mismo pensando en las palabras del gran sabio Domenico Cosenza²⁴ en su última aparición en el Ateneo de Palencia donde mencionaba los entresijos de este tipo de analizantes y entendí por fin que quizá estaba tratando su patología como un trastorno y no como un síntoma.

Probablemente una mirada del otro que no tuvo nunca un buen pasaje por el lenguaje de lo simbólico y que persigue a mi paciente hasta puntos extenuantes.

Pienso que una de las claves para el tratamiento satisfactorio es la espera para que se produzca la brecha que permita intervenir correctamente. Y poder así volver a recuperar el deseo de la persona que en algún momento instaló la ecuación de disociarse o anestesiarse de su vida cotidiana.

Lacan²⁵ pensaba este tipo de casos o sintomatologías como un goce afirmativo donde el objeto nada se convierte en el rechazo de la comida constante, de tal forma que el sujeto construye este muro para el no encuentro de su propio inconsciente y de su angustia.

Me quedo con la postulación de Lacan en el seminario 21 comentando que es una maniobra del sujeto para abrir una falta en el Otro, es decir, pone el acento en el rechazo del Otro, quizá por eso yo también me sentí rechazado y a la vez enganchado con este caso.

²⁴ Cosenza, D., *Il muro dell'anoressia*, Astrolabio, Roma, 2008.

²⁵ Lacan, J., *El Seminario 21. Les non dupes errent*, clase del 9 de abril de 1974 (inédito).

Miembros de la ELP- Comunidad de Castilla y León

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

AP (Analista Practicante). Doctor en Psicología. Psicólogo Especialista en Psicología Clínica. Psicólogo Clínico de los Servicios de Salud Mental (SACYL). Coordinador-Tutor de Residentes del Hospital Universitario Río Hortega de Valladolid. Coordinador del SCF de Castilla y León. C/ Gamazo, 28-7º D - 47004 VALLADOLID. Tel. 983304813. alienistas@me.com

ANTONIO GARCÍA CENADOR

AP (Analista Practicante). Psicólogo Especialista en Psicología Clínica. C/ Gil y Carrasco, 4-3º A. 24004 LEÓN. 987251661- 696907276. antoniogcenador@gmail.com

ÁNGELA GONZÁLEZ DELGADO

AP (Analista Practicante). Lic. en Psicología. Psicóloga Sanitaria. C/ Doña Urraca 1- 2º B - 34001- PALENCIA. Tel. 610576536. angelaconsulta@gmail.com

JOSÉ MANUEL DE MANUEL DE LOS BUEIS

AP (Analista Practicante). Lic. en Psicología. Psicólogo Sanitario. Lic. en Psicopedagogía. Máster en Psicopatología y Clínica Psicoanalítica por la Universidad de Valladolid. C/ Avda. Modesto Lafuente, 11 2º-A PALENCIA. C/ Atrio de Santiago, 5- 1º VALLADOLID. Tel. 637347661

FERNANDO MARTÍN ADURIZ

AP (Analista Practicante). Lic. en Psicología, Psicopedagogía, Filosofía y CC. de la Educación. Psicólogo Sanitario. Coordinador del SCF de Castilla y León. C/ Doña Urraca, 1- 2º B - 34001 PALENCIA. Tel. 616638488. adurizconsulta@gmail.com

ROBERTO MARTÍNEZ DE BENITO

AP (Analista Practicante). Médico Especialista en Psiquiatría. C/ Gil y Carrasco, 4-3º A. 24005 LEÓN. Tel. 620937141. romarben@gmail.com

PABLO VILLATE RODRÍGUEZ

AP (Analista Practicante). Licenciado en Filosofía y Ciencias de la educación, Sección Psicología, Psicólogo Especialista en Psicología Clínica. C/ Somera, 3-3º dpto. 1, 48005 Bilbao. Tel. 690810303. pablovillatelp@gmail.com

Relación de socios de la Sede de Palencia

Álvaro Javier Valle Escalante
Andrea Torres
Angela Argüeso Flórez
Ángela Pérez Esteban
Diego Martín González
Ekhiñe Villar Oloriz
Enrique Gómez Crespo
Felicidad María Anunciación Vega Del Riego
Javier Carreño Villada
Jesús Pol Rodríguez
José María Gutiérrez Rebollo
Juan Enrique Conde Gonzalez
Leandro Pérez Martín
Marcos Román González
María Concepción Martín Antolín
María Del Carmen Reguilan Domínguez
María Del Mar Arias Sarmiento
María Purificación Arias Del Real
María Teresa Orihuela Villameriel
Pedro Brun Murillo
Raúl Merino Salan
Saul Pastor Ureña
Soraya Merino Marcos
Teresa De Jesús Cobos Alonso
Virginia Gonzalez Díez
Virginia Franco Varas



NÚMERO 38 | 2024